

LABÁN, *blanco*, I., rico ganadero de Mesopotamia, hijo de Betuel, y nieto de Nacor, hermano de Abraham, Gén. 24:28-31. Su carácter se manifiesta en la alegría con que dio a su hermana Rebeca en matrimonio al hijo único de su rico tío Abraham. Gén. 24:30, 50, y en los engaños y astucias que empleó para con su sobrino y yerno Jacob, y de las cuales este se defendió valiéndose tanto de la astucia como de la fidelidad. Cuando la envidia del suegro se ensañó contra la felicidad de la familia del yerno en términos que ya era imposible que los dos vivieran en concordia, Jacob, por mandato de Dios, salió secretamente para irse a Canaán. Labán le persiguió; pero siendo amonestado por Dios para no hacerle mal, volvió a su casa después de celebrar un tratado de paz. Parece haber conocido y adorado a Dios, Gén. 24:50; 30:27; 31:53; Pero aquello del hurto de los dioses o terafines que Raquel le hizo, Gén. 31:30, 34, deja traslucir que Labán no se hallaba sin alguna mancha de idolatría.

II. Deut. 1:1. Véase Libna, I.

LABIO, traducido a menudo “lengua,” en el sentido de un dialecto diferente, Isa. 28:11; 1 Cor. 14:21. “El fruto de los labios,” Heb. 13:15, es alabanza. “Becerros de nuestros labios,” Ose. 14:3, son ofrecimientos de gracias. Cubrirse uno los labios con la punta de su vestidura, como si fueran inmundos, Isa. 6:5, 7, era señal de duelo o humillación, Ezeq. 24:7, 22; Miq. 3:7.

LABRADOR, *cultivador de la tierra*, antigua y honrosa ocupación, Gén. 2:15; 9:20. A Dios se le llama así, Juan 15:1; comp. Isa. 5:1-7, metáfora que expresa bien el asiduo cuidado que él tiene de su pueblo—de los pámpanos de su Vid, la cual es Cristo—y de su terreno cultivado, 1 Cor. 3:9.

LADRILLOS, eran generalmente hechos de barro, y se ponían a secar y endurecer al sol, Gén. 11:3, si bien algunas veces se usaban hornos, 2 Sam. 12:31; Isa. 65:3; Jer. 43:9; Nah. 3:14. La torre de Babel fue construida con ladrillos unidos con betún. Los ladrillos o tejas que se usaban, tenían generalmente un pie cuadrado, y 3 ½ pulgadas de espesor. Se ha hallado gran cantidad de ellos tanto en Babilonia como en Egipto, marcados con un sello real o sacerdotal. Véanse Babilonia, Nabucodonosor, Egipto, etc.

La construcción de ladrillos fue el trabajo con que más se oprimió a los Israelitas en Egipto. En los monumentos de Egipto están pintados las diversas operaciones de esta dura y antigua tarea, es decir, el modo de acarrear, mezclar y amoldar el barro, secar y apilar los ladrillos, hecho todo por extranjeros bajo las órdenes de capataces. Muchos ladrillos llevan el sello de Totmes III, contemporáneo de los Hebreos en Egipto. Probablemente se le mezclaba paja al barro para que quedara compacto.

LADRÓN, o más bien “salteador” en Mat. 21:13; 26:55; 27:38, 44; Mar. 11:17; 14:48; 15:27; Luc. 10:30, 36; 19:46; 22:52; 23:39-43. El ladrón penitente manifestó una fe tan extraordinaria como su arrepentimiento, reconociendo a Cristo aun en la cruz, como al Rey divino, como al Salvador del hombre. El acto de tornarse a Cristo, tal vez después de burlarlo como el otro ladrón, parece haber sido repentino y haber sido causado por la resignación sobrenatural con que el Redentor sufría, por lo divino de sus miradas y de sus palabras y por las señales y circunstancias extraordinarias de aquel momento supremo.

LAGAR, Prov. 3:10; Isa. 5:2; 63:2; Hag. 2:16. Los lagares en muchos casos estaban contruidos en la falda de algún cerro, y con dos divisiones: la superior—en la cual se echaban las uvas, y eran trilladas por los pies descalzos de los hombres—y la inferior, en la cual corría el zumo exprimido. A ambas se hace referencia en Joel 3:13. Estas lagares eran algunas veces excavadas en la roca o en el suelo, y cubiertos por dentro con obra de albañilería, Mat. 21:33. Robinson describe uno que vio en Palestina, y dice que su estanque o receptáculo superior tenía ocho pies de lado y 15 pulgadas de profundidad, y el pequeño,

dos pies más abajo, cuatro pies de lado, y tres de profundidad. Los pisadores gritaban y cantaban, Isa. 16:10; Jer. 25:30, y en breve tiempo tenían manchados los vestidos y la cutis, Isa. 63:1-3; Apoc. 19:13-15. En esa clase de prensas los que hoy viajan en Siria ven a menudo en la estación correspondiente uno o más hombres pisando uvas. Una prensa de la misma especie se usaba para las aceitunas, Miq. 6:15. La palabra hebrea, *gath*, con que se designa el lagar, está empleada en varios nombres geográficos. Uno de los modos de que los Egipcios se valían en la antigüedad para exprimir el zumo de las uvas, era este: Metían las uvas en un saco colocado horizontalmente en un marco, en seguida era retorcido aquel por varios hombres, y se recogía el zumo en una vasija grande que se ponía debajo. Véase Vino.

LAGARTO o LAGARTIJA, reptil de sangre fría, de mucha semejanza con la serpiente, pero que tiene cuatro pies. Hay en Siria un gran número de reptiles que varían en gran manera en tamaño, apariencia y lugar de habitación; algunos son anfibios, y otros viven en las rocas del desierto o entre ruinas antiguas. Los lagartos fueron declarados inmundos por la ley levítica, Lev. 11:30. Véanse Camaleón y Babosa.

LAGO, Véase Merom y Mar. La descripción tan terrible del infierno, como “un lago de fuego ardiendo en azufre,” Apoc. 19:20; 21:8, trae a la memoria el fuego y el mar en que Sodoma fue consumida y tragada.

LÁGRIMAS, Las lágrimas de los dolientes que asistían a los funerales se guardaban, según se supone, en pequeñas urnas o lacrimatorios de vidrio delgado o de loza, y estos eran depositados en los sepulcros, de suerte que hoy día se encuentran muchos al abrir las tumbas antiguas. Esta costumbre tal vez sirva para aclarar el sentido de las palabras en Sal. 56:8, según el cual Dios tiene siempre presentes las aflicciones de su pueblo; si bien muchos creen que estos vasos servían para depositar perfumes o flores y no lágrimas. En Apoc. 7:17, representa a Dios enjugando tiernamente las lágrimas de los ojos, y quitando todos los pesares para siempre, especialmente la muerte, que es una de las principales fuentes de dolor, Isa. 25:8; Jer. 22:10; 31:15, 16, y la amargura del arrepentimiento, Joel 2:12; Mat. 26:75. Las lamentaciones y llantos públicos durante los funerales y las calamidades nacionales, eran mucho más frecuentes en los tiempos antiguos que en los nuestros, Núm. 14:1; Ecles. 12:5.

LAHMAM, ciudad en la tierra baja de Judá, Jos. 15:40, llamada ahora Tell Hamam, y situada 6 millas al sudeste de Eglón.

LAHMI, de Belén, 1 Crón. 20:5, al parecer hermano de Goliat; pero véase 2 Sam. 21:19. Tal vez ha de leerse que Elhanan el hijo de Jair, Betlemita, mató a un hermano de Goliat.

LAÍS, león. I. Véase Dan, II.

II. Isa. 10:30, ciudad cerca de Anatot, al norte de Jerusalén, por la cual pasaron los Asirios invasores; ahora Adasa.

III. Natural de Gallino, y padre de Palti, 1 Sam. 25:44; 2 Sam. 3:15.

LAMEC, *vigoroso*, I., hijo de Matusael, Gén. 4:18-24, descendiente de Caín en la quinta generación, y progenitor de una numerosa posteridad, distinguida por su destreza en la agricultura, la música y varias artes mecánicas. Es el primer polígama de que se hace mención en la historia. La arenga que dirigió a sus dos esposas es la muestra más antigua que existe de poesía, y es un buen ejemplo del paralelismo hebreo. “Y dijo Lamec a sus mujeres: Ada y Zilla, oid mi voz; Mujeres de Lamec, prestad oídos a mi dicho: Que un varón he matado por haberme herido, Y un mancebo por haberme golpeado. Pues si siete veces será vengado Caín, Entonces Lamec setenta veces siete.” [Versión antigua de Pratt].

Se han sugerido muchas explicaciones de este intempestivo fragmento. La más satisfactoria quizá es la de que Lamec había dado muerte accidentalmente o en defensa propia, a un hombre, y estaba expuesto a la venganza del “vengador de la sangre;” pero tranquiliza los temores de sus mujeres diciendo que como Dios había prohibido que se diese muerte a Caín, bajo penas severas, Gén, 4:15, con más razón preservaría la vida de Lamec que era comparativamente inocente.

II. El hijo de Matusalem y padre de Noé; vivió 777 años, y murió sólo 5 antes del diluvio, Gén. 5:25-31; 1 Crón. 1:3; Luc. 3:36.

LAMENTACIONES de Jeremías, poema elegiaco, compuesto por el profeta con motivo de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor. Los dos primeros capítulos describen principalmente las calamidades del sitio de Jerusalén; el ter cero deplora las persecuciones que Jeremías mismo había sufrido; el cuarto se refiere a la ruina y la desolación de la ciudad y del templo, y a los infortunios de Zedecías; y el quinto es una especie de oración para el uso de los judíos en su cautividad. Al terminar, el profeta habla de la crueldad de los Idumeos, que habían ultrajado a Jerusalén en su desgracia, y los amenaza con la ira de Dios. 586 A. C.

Los cuatro primeros capítulos de las Lamentaciones están en forma de acróstico. Cada uno de sus versos comienza con una letra del alfabeto hebreo en su orden regular. Los capítulos 1º, 2º y 4º contienen 22 versículos cada uno, en conformidad con las letras del alfabeto; en el capítulo 3º cada letra da principio a tres versículos sucesivos, de suerte que hay por todo 66 versículos. Además de esto, todos los versículos del mismo capítulo tienen casi la misma extensión. El capítulo quinto no es acróstico. Véase Letra. El estilo de las Lamentaciones de Jeremías es animado, tierno, patético y conmovedor. Dicho profeta tuvo el don de escribir elegías melancólicas y tiernas, 2 Crón. 35:25; y jamás hubo un asunto más digno de lágrimas, ni que haya sido tratado con más ternura y sentimientos más conmovedores. Se creería que, como se ha dicho con frecuencia, cada letra fue escrita con una lágrima y cada palabra fue el sollozo de un corazón quebrantado. Con todo Jeremías jamás se olvida de que el Dios del pacto reina todavía.

LAMER, modo de beber tomando el agua en el hueco de la mano y echándola sobre la lengua con un movimiento rápido, con la cabeza cerca de la corriente, Jue. 7:5, 6.

LÁMPARA, Las lámparas de los antiguos, llamadas algunas veces luces o candelas en nuestra Biblia, eran tazas y vasijas de muchas formas convenientes y primorosas, y podían ser llevadas en la mano o tenerse fijadas en su aparador. Véase Candelero. Dejábanse arder las lámparas toda la noche, y se les daba pábulo con aceites vegetales, principalmente el de olivo y de sebo, cera, etc. Compare Mat. 8:12; 22:13, “la oscuridad de afuera.” Las familias más pobres de algunos lugares del Oriente consideran esto todavía como esencial para la salud y la comodidad. De consiguiente una casa oscura daba a entender de una manera muy enérgica la extinción de sus antiguos moradores, Job 18:5, 6; Prov. 13:9; 20:20; Jer. 25:10, 11; mientras que una luz constante era señal de prosperidad y perpetuidad, 2 Sam. 21:17; 1 Reyes 11:36; 15:4; Sal. 132:17. Las lámparas que se llevaban en la calle, Jue. 7:16, 20; 15:4, ofrecían al aire grandes pabilos, y era necesario llenarlas con frecuencia con una vasija de aceite que se llevaba en la otra mano, Mat. 25:3, 4, 8. Las antorchas y las linternas, Juan 18:3, eran muy necesarias en las ciudades antiguas, cuyas calles no estaban nunca alumbradas.

LANA, Sal. 147:16. Siendo la lana el principal material que se empleaba en la manufactura de géneros, era muy apreciada entre los Hebreos, Lev. 13:47; Job 31:20; Prov. 31:13; Ezeq. 34:3; Ose. 2:5. Fue parte del tributo de Mesa, 2 Rey. 3:4, y uno de los artículos que Tiro compraba de Damasco, Ezeq. 27:18. Se

contaba entre las primicias que se daban a los sacerdotes, Deut. 18:4; fue usada en un milagro en tiempos muy antiguos, Jue. 6:37, y la pureza de su blancura simbolizaba la perfección de la misericordia de Dios, Isa. 1:18. Era prohibido a los Hebreos usar lana mezclada con lino, Luc. 19:19; Deut. 22:11, probablemente porque indicaba alguna tendencia a la idolatría.

LANCEROS, Hech. 23:23, probablemente lanceros armados a la ligera, a distinción de los legionarios y los “soldados,” que estaban armados con armas pesadas, y de la caballería. Las palabras traducidas “el escuadrón de lanza,” en Sal. 68:30, deberían traducirse, según lo han hecho algunos intérpretes, “bestias silvestres de los cañaverales,” significando probablemente el cocodrilo, como el símbolo de Egipto; comp. vers. 31; Sal. 74:14; Ezeq. 29:3.

LANGOSTAS, insecto alado voraz, que pertenece al orden conocido entre los naturalistas como la Ortóptera. Bajo la denominación “Langosta” se comprenden varios insectos que se arrastran y brincan, muy parecidos al saltón, y que han sido un gran azote en los países orientales, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Hay diez nombres diferentes en la Biblia hebrea para los animales de esta clase, pero algunos de estos designan probablemente distintas formas o periodos de vida de la misma especie. Las especies más destructoras de la Siria y de la Arabia modernas, son la *Cedipoda migratoria*, y el *Acridium peregrinum*.

La Biblia describe sus incontables enjambres, como dirigidos en su vuelo y marcha por Dios, y empleados en el castigo de las naciones culpables, Deut. 28:38-42; 1 Rey. 8:37; 2 Crón. 6:28. Una de las plagas de Egipto fue una multitud de langostas que cubrieron todo el país, de manera que la tierra fue oscurecida, y fue devorada toda la yerba verde que en la misma había, y el fruto de los árboles que el granizo había dejado, Exod. 10:4-19. Pero la descripción más minuciosa de este insecto y de su carrera destructora, que contienen las Sagradas Escrituras, se encuentra en Joel 2:5-10. Esta es una de las más notables y animadas de cuantas descripciones se encuentran en las profecías; y la doble destrucción que produciría la langosta y los enemigos, de los cuales aquella sería la precursora, se pinta con la mayor energía y exactitud. A medida que leemos, vemos el ejército destructor que se va moviendo, y la desolación que va dejando a su paso. Debe hacerse también mención de que los cuatro insectos especificados en Joel 1:4, es a saber, la oruga, la langosta, el pulgón, y el revoltón, son estrictamente según el hebreo, sólo diferentes formas de langostas, algunas tal vez sin alas, como las que se mencionan a continuación. Véase también Lev. 11:21, 22.

El Dr. Shaw dice a este respecto lo que sigue: “Las que yo vi eran mucho más grandes que nuestros saltones comunes; tenían alas con manchas oscuras, y las piernas y el cuerpo de un amarillo brillante. Su primera aparición fue hacia el fin de Marzo, habiendo soplado por algún tiempo el viento del sur. A mediados de Abril su cantidad había crecido de un modo tan extraordinario, que en el calor del día, formando bandadas grandes y numerosas, volaron en el aire como una sucesión de nubes, y según el profeta Joel lo expresa, oscurecieron el sol. Cuando el viento sopló fuertemente de manera que a estas bandadas se les apiñaron otras, o ellas se echaron sobre las demás, tuvimos al presenciarlo una idea viva de la comparación hecha por el salmista, Sal. 109:23, de que era sacudido como langosta. En el mes de Mayo esas bandadas se retiraron gradualmente al Metijah y a otras llanuras adyacentes, en donde depositaron sus huevos. Apenas salieron las crías de estos en Junio, cuando se reunieron formando un cuerpo compacto de un estadio cuadrado o más de extensión, y marchando después en línea recta hacia el mar, no dejaron que nada se escapara, comiéndose cuanto estaba verde o jugoso, no sólo la clase de vegetales más delgados, sino también las parras, las higueras, los granados, en suma, todos los árboles del campo, Joel 1:12; al hacer esto conservaban sus filas como los hombres de guerra, saltando a medida que avanzaban, sobre todos los árboles o muros que estaban a su paso; además entraron a

nuestras mismas habitaciones y dormitorios, como ladrones. Los habitantes, para detener su avance, abrieron zanjas alrededor de sus campos y jardines, y las llenaban de agua, o bien hacían en ellas montones de zarzas, tamo, y otros combustibles por el estilo, a los cuales les prendían fuego al acercarse las langostas. Pero estas precauciones fueron del todo inútiles, porque las zanjas pronto se repletaban, y el fuego se apagaba a causa de los innumerables enjambres que se sucedían los unos a los otros, pues además de que los que iban por delante no se retraían del peligro, los que seguían a estos los impulsaban, de manera que la retirada era del todo imposible. Un día o dos después que estas crías se ponían en movimiento, otras que acababan de nacer, marchaban relampagueando tras las primeras, royéndose aún las cortezas mismas y las ramas tiernas de los árboles que habían escapado antes con la sola pérdida de sus frutos y follaje. Con cuánta razón, pues, han sido las langostas comparadas por el profeta a un gran ejército, haciendo observar que la tierra es como el jardín del Edén delante de ellas, y detrás desolado desierto.”

La langosta era entre los judíos un animal limpio, Lev. 11:22, y podía usarse como alimento. En Mat. 3:4, se dice de Juan el Bautista, que su alimento era langostas y miel silvestre. Todavía se comen en el Oriente, y se consideran por algunos como una cosa delicada, aunque comúnmente se dejan para los más pobres del pueblo. Niebuhr dice: “Las langostas se llevan en sartas a los mercados de todas las ciudades de Arabia, desde Babel-mandel hasta Basora. En el monte Sumara vi a un Árabe que había recogido un saco entero de ellas. Se preparan de diferentes maneras. Un Árabe en Egipto las echó sobre los carbones encendidos, y después que supuso que ya estaban bastante tostadas, las tomaba de las piernas y de la cabeza, y devoraba el resto de un bocado. Cuando los Árabes las tienen en cantidad considerable, las tuestan o secan en un horno, o las cuecen y se las comen con sal. Los Árabes del reino de Marruecos hierven las langostas, y luego las secan en los techos de sus casas. Se ven allí grandes canastas llenas de ellas en los mercados.”

En Apoc. 9:7-10, hay una terrible descripción de langostas simbólicas en que se las compara a caballos de guerra, y su pelo al de las mujeres, etc. Niebuhr oyó a un Árabe del desierto, y a otro en Bagdad, hacer la misma comparación. De igual manera, los Italianos llaman todavía a las langostas “caballitos,” y los Alemanes, “caballos de heno.”

LANGOSTIN, uua especie de langosta, y llamada así en 2 Crón. 7:13. Algunas veces se usaba como alimento, Lev. 11:22. Individualmente eran animalejos insignificantes y tímidos, Núm. 13:33, y su insignificancia proporciona una comparación notable en Isa. 40:22; a la vez que la debilidad de la ancianidad se expresa por su incapacidad para soportar tales insectos, Ecles. 12:7. Con todo, cuando sobrevienen en grandes números, destruyen del todo el herbaje, Amós 7:1. Véase Langosta.

LANZA. Se mencionan en la Biblia diferentes clases, y para cada una de estas se emplea en el hebreo una palabra distinta.

I. La llamada *chanith* era, según parece, la principal arma de esta especie, 1 Sam. 13:19, 22; una de gran tamaño y peso fue usada por Goliat, 1 Sam. 17:7, 45, y por otros gigantes, 2 Sam. 21:19; 23:21; 1 Crón. 11:23; era la compañera inseparable de Saúl, 1 Sam. 22:6; 26:7-12, 16, 22; 2 Sam. 1:6, y de otros guerreros, 2 Sam. 2:23; 23:18; 1 Crón. 11:11, 20. Fue una lanza, y no una jabalina, la que Saúl arrojó a David, 1 Sam. 18:10, 11; 19:9, 10, y a Jonatán, 1 Sam. 20:33. Su asta de madera, de cinco a seis pies de largo, tenía en la punta una pieza de metal con filo en los lados y era puntiaguda, 1 Sam. 17:7; el otro extremo lo tenía también calzado de metal algunas veces, para clavarla con facilidad en el suelo, 1 Sam. 26:7, etc., y con esta parte bien podía darse un golpe mortal, 2 Sam. 2:23. Semejante a esta era la lanza romana con la que se abrió a Jesús una grande herida en el costado, Juan 19:34; 20:27.

II. La llamada kidón, “jabalina,” debió de ser una lanza más ligera. Una arma de esta clase fue la que Josué levantó como señal a su hueste que tenía emboscada, para que diera el asalto a la ciudad de Hai, Jos. 8:18-26. Goliat tenía una de bronce o acero, llamada escudo en 1 Sam. 17:6, y la llevaba en los hombros cuando no la usaba.

III. Otro término que con frecuencia ocurre es *romach*, traducido lanza y escudo en Núm. 25:7; Jue. 5:8; 2 Crón. 11:12; 14:8; 25:5; Neh. 4:13, 16,21; “lancetas” en 1 Rey. 18:28; y “pavés” en 1 Crón. 12:8; Ezeq. 39:9.

LAPIDOT, *antorchas*, marido de Débora, Jue. 4:4, 5.

LAQUIS o LACHÍS, *impregnable*, o *herido*, ciudad real y fuerte de Canaán, cuyo rey Jana se unió con los reyes vecinos suyos contra Josué, pero fue derrotado y capturado, Jos. 10:1-33. Dicha ciudad estaba en la parte sudoeste de Judá, Jos. 10:3, 5, 31; fue fortificada por Roboam, 2 Crón. 11:9, y resultó ser bastante fuerte para resistir por algún tiempo a todo el ejército de Senaquerib, 2 Rey. 18:17; 19:8; 2 Crón. 32:1, 9, 21; Miq. 1:13. Allí fue en donde el rey Amasías fue muerto, 2 Rey. 14:19; 2 Crón. 25:27. Respecto a una maravillosa confirmación de la verdad de la Escritura, véase Senaquerib. Se cree que el sitio de Laquis es donde ahora está Um-Lakis, 25 millas al oeste de Hebrón, en el Shefelah.

LASA, *hendidura*, Gén. 10:19, en la frontera de Canaán; se supone que se refiere a Callirrhoe, con sus manantiales calientes, en la hendidura Zerka Main, al este del Mar Muerto; pero quizá se refiere a Lais, en el ángulo noreste de Canaán.

LASEA, ciudad cerca de Buenos Puertos, a la mitad del lado sur de Creta. Pablo pasó por ella en su viaje a Roma, Hech. 27:8.

LAUREL, El de la África septentrional y la Europa meridional, es un árbol siempre verde. Una rama de laurel ha sido desde tiempo inmemorial la corona simbólica de los poetas y de los guerreros. La palabra traducida por “laurel” en Sal. 37:33, significa simplemente un árbol nativo de allí, verde y vigoroso.

LAVAMIENTO, De las dos palabras principales hebreas traducidas “lavar,” una significa un limpiamiento superficial, como el de un plato, y la otra una purificación completa, como la de ropa manchada, Lev. 17:15; el último término es usado en Sal. 51:2, 7; Jer. 2:22. La ley mosaica prescribía varios lavamientos ceremoniales, tanto a los sacerdotes como a los demás, Heb. 9:10. Significaban estos la purificación espiritual por la sangre del Salvador, Tit. 3:5; Apoc. 1:5, así como también aquella santidad sin la cual ninguno puede ver a Dios. Aarón recibió una ablución de todo el cuerpo al asumir la dignidad sacerdotal, Exod. 19:10-15; 29:4; Lev. 8:6; 16:4; y todos los sacerdotes se lavaban antes de acercarse al altar, Ex. 30:17-21; Sal. 26:6. Aquellos que se habían hecho ceremonialmente impuros, debían lavarse, Lev. 12-15; 16:26; Núm. 19:7, otro tanto tenían que hacer aquellos que se declaraban inocentes de algún crimen que se les atribuía, Deut. 21:1-9; Mat. 27:24. A las prescritas por Moisés los judíos añadieron otras abluciones, Mar. 7:2-4; y era considerado como una impiedad el descuidarlas como tantas veces lo hizo Jesús, quien al mismo tiempo reconvenía a los fanáticos de su época por su olvido de deberes importantes en tanto que atendían con escrupuloso esmero a las formas exteriores, Mat. 15:2-20; Luc. 11:37-44. El lavarse las manos antes y después de comer, lo cual es necesario a causa de la costumbre de comer con los dedos, se practica aún en Siria. (Véase el grabado en el artículo Comida.) Cuando hay un criado sirviendo, este pone una vasija grande a manera de aljofaina debajo de las manos de su amo, y vierte agua sobre ellas con una jarra, 2 Rey. 3:11; Sal. 60:8. El lavatorio de los pies de un huésped al

entrar a la casa, era una prueba palmaria de hospitalidad, Gén. 18:4, por lo general desempeñada por los criados, 1 Sam. 25:41; pero se consideraba como un honor especial cuando lo hacía el huésped o amo de la casa, 1 Tim. 5:10. Al ejecutar nuestro Salvador este humilde servicio para con sus discípulos, les enseñó a estos de una manera muy solemne que se prestaran servicios mutua y amorosamente, especialmente en lo que se relaciona con la conservación de la pureza moral, y nos dejó un perpetuo recuerdo de la necesidad que tenemos de ser limpiados por él, Juan 13:4-14; 2 Cor. 7:1; Efes. 5:26, 27; Heb. 10:22, 23. Véase Pies y Sandalia.

LÁZARO, heb. Eleazar, *ayuda de Dios*, I., amigo y discípulo de Cristo, hermano de Marta y de María, con las cuales residía en Betania cerca de Jerusalén. Nuestro Salvador estimaba mucho esa familia, y a menudo la visitaba; y cuando Lázaro cayó gravemente enfermo, le mandaron decir a Cristo, “Señor, he aquí, aquél a quien tú amas está enfermo.” El Salvador llegó a Betania a los cuatro días de haber estado Lázaro en el sepulcro, y le restituyó a la vida diciendo, “Lázaro, ven afuera.” Este milagro público y estupendo—del cual Spinoza dice, que si estuviera satisfecho de su verdad, haría pedazos todo su sistema y abrazaría el cristianismo—le granjeó tantos discípulos a Cristo, que sus enemigos buscaron la manera de hacerle morir tanto a él como a Lázaro, Juan 11; 12:1-11, manifestando así la verdad de lo que Cristo dijo en conexión con la historia del otro Lázaro: “Tampoco se persuadirán si alguno se levantara de los muertos,” Luc. 16:31. La narración evangélica de este suceso nos presenta a Cristo como un amigo tierno y compasivo, que lloraba por aquellos y con aquellos a quienes amaba, y al mismo tiempo como el príncipe de la vida, que comenzó de esa manera a ganar su triunfo sobre la muerte y el sepulcro. Felices aquellos que en vista de su propia muerte, o la de sus amigos, pueden conocer que están salvos en Aquel que dice, “Yo soy la resurrección y la vida;” y “porque yo vivo, vosotros viviréis también.”

II. La parábola del mendigo desamparado que se hallaba junto a la puerta del rico, es una de las más solemnes e instructivas de cuantas pronunció Cristo. El uno, aunque pobre y dolorosamente afligido, era hijo de Dios; y el otro, a quien se describe como amante del placer más bien que como vicioso o criminal, vivía sin Dios en el goce de toda clase de lujo terrenal. El estado de cada uno de los dos en esta vida contrastaba en gran manera con su carácter real ante Dios, el cual se reveló con el sorprendente cambio que en la muerte tuvo su situación, Luc. 16:19-31. Véase Seno de Abraham, y para lo que se dice en el versículo 31, Lázaro, I. Nuestro Salvador claramente nos enseña en esta parábola, que tanto los amigos como los enemigos de Dios saben su suerte y comienzan a experimentarla inmediatamente después de la muerte; y que en uno y otro caso ella es inmutable y eterna. El nombre de Lázaro ha pasado a muchas lenguas: como al español, lazareto, lugar para cuarenta; y los Italianos tienen la palabra lazzaroni, mendigos, y lazzarelto, hospital para los enfermos, especialmente para los leprosos. Para el cuidado de estos hospitales fue para lo que principalmente se organizó la sociedad de los “Caballeros de San Lázaro” en 1117. Véase Simón.

LEA, *cansada*, la hija mayor de Labán, y la primera esposa de Jacob, aunque menos amada por él que su hermana Raquel. Toda su vida conservó el recuerdo del engaño debido al cual su padre había obligado a Jacob a aceptarla. Fue madre de siete hijos, entre los cuales se contaban Rubén, primogénito de Jacob, y Judá, el antecesor de la tribu principal entre los judíos, de la línea real y de Nuestro Señor, Gén. 29:16-35; 30:1-21. Se supone que murió antes de que la familia se trasladase a Egipto, y que fue sepultada en el cementerio que ésta tenía en Hebrón, Gen. 32:22; 33:7; 46:5-7; 49:31.

LEBAOT, *leonas*, ciudad en el sudoeste de Judá y de Simeón, Jos. 15:32; 19:6; en 1 Crón. 4:31 llamada Beth-berai; ahora denominada Kh-Beeyúd, cerca de Arad, 15 millas al sur de Hebrón.

LEBEO, *cordial*, Mat. 10:3, uno de los nombres del apóstol Judas. Véase Judas, III.

LEBONA, *incienso*, Jue. 21:19, ciudad de Efraín, cerca Silo, entre Betel y Siquem. Su nombre y su sitio se conservan en la actual población de Lubban, 10 millas al sur de Nablous.

LECHE, el alimento natural de la infancia, se pone en contraste con el de los hombres robustos, 1 Cor. 3:2; Heb. 5:12, y se alude a menudo a él en la Biblia como a un símbolo de una verdad pura, sencilla y provechosa, Heb. 5:12, 13; 1 Ped. 2:2; y en conexión con la miel denota fertilidad y abundancia, Gén. 49:12; Exod. 3:8; 13:5; Núm. 16:13; Jos. 5:6. Los judíos y sus vecinos usaban no solamente la leche de vaca, sino la de camello, la de oveja y la de cabra, Gén. 32:15; Deut. 32:14; Prov. 27:27. Véanse Manteca y Queso. Era prohibido hervir un cabrito en la leche de la madre, probablemente porque tales prácticas tenían algo que ver con ritos idólatras o mágicos, Exod. 13:19; 34:26; Deut. 14:21.

LEGIÓN, El número de hombres de que se componía una legión romana, varió en diferentes periodos desde 3,000 hasta más del doble de ese número. En el tiempo de Cristo una legión contenía 6,000 hombres además de la caballería. Había diez cohortes en cada legión, cada una de las cuales estaba dividida en tres manípulos o cuerpos, y éstos en dos centurias de 100 hombres cada una. En la Biblia, una legión significa un número indefinidamente grande. El Salvador curó a un endemoniado que se llamaba a sí mismo "legión," como si estuviera poseído por millares de demonios, Mar. 5:9, La expresión "doce legiones de ángeles," Mat. 26:53, ejemplifica lo inmenso de la hueste celestial, y su celosa adhesión a Cristo.

LEGUMBRES, nombre genérico dado a los guisantes, frijoles y otros frutos o semillas que tienen vaina; se emplea en Dan. 1:12, 16, como traducción de dos palabras hebreas que significan semillas; se refiere probablemente a toda clase de hortaliza en general. Véase 2 Sam. 17:28, donde se ha intercalado la palabra garbanzos antes del participio "tostados." Ese es todavía un alimento muy usado en el Oriente.

LEHI, *quijada*, lugar en Judea, en donde Sansón mató a 1,000 Filisteos con la quijada de un asno, y en donde en respuesta a la petición de aquel brotó una fuente para que mitigara su sed, Jue. 15:9-19. A esta fuente la llamó En-hacore, "la fuente de aquel que oró." Continuó brotando, y puede que aun en el día de hoy dé testimonio de que Dios oye el clamor de sus hijos, y de una tierra seca puede hacer verter manantiales de agua para su uso, Gén. 21:19; Núm. 20:11. Se ha hallado un sitio para Lehi en Beit-Likiyeh, cuatro millas al norte de Bir-es-Seba.

LEMUEL, *consagrado a Dios*, el rey a quien fueron dirigidos los consejos en Prov. 31:1-9. Algunos suponen que es un nombre enigmático dado a Salomón.

LENGUA o HABLA, I., uno de los altos dones que Dios otorgó al hombre, y que es necesario para todo goce elevado, y para todo adelanto en la vida social, El hombre está en el deber de estimarlo en lo que vale y de emplearlo dignamente para la gloria de Dios, y el beneficio de la humanidad. La lengua original no fue el mero desarrollo de una facultad de hablar innatural al hombre, sino una creación especial de Dios para beneficio del género humano. Adán y Eva, cuando fueron creados, sabían conversar entre sí y con el Creador. Que la raza humana fue una en su origen y tenía al principio un solo idioma es una verdad de la Biblia confirmada más y más con los adelantos de la etnología y la filología, Gén. 11:1; Mal. 2:10; Hech. 17:26, y ese idioma se usó por cosa de 2,000 años, y fue preservado por Noé y su familia cien años o más después del diluvio. Para frustrar las ambiciosas miras de las multitudes que volvieron a poblar la tierra, y que intentaban agruparse en una gran metrópoli, Dios "confundió sus lenguas" apresurando, según parece, de una manera milagrosa el procedimiento por el que, en el curso del



tiempo, se forman nuevos dialectos y lenguas en comunidades aisladas; y como quiera que las personas que se entendían mutuamente formaban un solo grupo o comunidad, y se iban en dirección diferente de los demás, se cumplió así el plan de Dios para poblar la tierra.

Entre las inscripciones de Borsippa de Nabucodonosor, se hace mención de la confusión de lenguas, como sigue: “Un rey antepasado suyo lo edificó (el monumento de Borsippa), pero no completó la cúpula. Desde tiempos muy remotos sus constructores lo abandonaron, por no serles posible explicar sus palabras en orden.” Hoy día se hablan en la tierra varios centenares de lenguas y dialectos, y los incrédulos se han valido de ese hecho para poner en duda la doctrina bíblica relativa a la unidad de la raza humana. Sucede, sin embargo, que estas lenguas están distribuidas en varias grandes clases que tienen entre sí notables afinidades o puntos de semejanza; y a medida que la filología comparativa ensancha sus investigaciones, se van encontrando más y más pruebas de la unidad substancial de la raza humana, y de la verdad de la Escritura. Las antiguas inscripciones de los ladrillos babilónicos, y de las tabletas asirias—hechas en caracteres llamados cuneiformes, esto es, en forma de cutías, por estar las letras formadas por grupos de pequeñas cuñas dispuestas en distintas posiciones, horizontal, perpendicular y oblicua—contienen fragmentos de la antigua lengua sagrada de Asiria, Babilonia y Persia. Esta se divide en varios dialectos, y está relacionada con las lenguas semíticas, a la vez que suministra pruebas de la existencia de una más antigua todavía, llamada la Acadiana, de la cual se hicieron traducciones a la Asiria. Muchas de sus raíces se hallan en el Sánscrito.

El milagro obrado en Jerusalén el día de Pentecostés, fue a la inversa del de Babel, Hech. 2:1-18, y suministró un bello ejemplo de la tendencia del evangelio a establecer la paz y la armonía en donde el pecado había introducido la discordia, y a reunir a todas las tribus del género humano en una gran confraternidad.

Para el estudiante de la Biblia, uno de los más importantes asuntos es la naturaleza y la historia de las lenguas originales en que fue escrito ese santo libro. Por lo que hace al griego del original del Nuevo Testamento, se consultó lo que decimos en el artículo encabezado con la palabra Grecia. La versión griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta, se cita a menudo en el Nuevo Testamento, aunque a veces se aparta algún tanto del original hebreo. El griego fue la lengua más comúnmente usada por nuestro Señor y sus discípulos, y no cabe duda de que las mismísimas palabras que ellos emplearon se han conservado de ese modo en muchos casos. La lengua hebrea en que el Antiguo Testamento fue escrito, no es más que una del grupo de las lenguas cognadas que antiguamente prevalecían en el Asia Occidental, llamadas comúnmente lenguas semíticas, por ser particularmente las de los descendientes de Sem. Para saber bien el hebreo se necesita por lo tanto tener también algún conocimiento de los otros dialectos de la misma familia.

Las lenguas semíticas pueden dividirse en tres dialectos principales, a saber: el Arameano o Aramaico, el Hebreo, y el Árabe, 1. El Arameano, hablado en Siria, Mesopotamia y Babilonia, está subdividido en los dialectos Siriaco y Caldeo, llamados algunas veces también el Arameano Occidental y Oriental respectivamente. 2. El Hebreo o dialecto canaaneo, Isa. 19:18, fue hablado en Palestina, y probablemente con pequeñas variaciones en Fenicia y las colonias fenicias, como por ejemplo en Cartago y otros lugares. Los restos del dialecto fenicio y el púnico son demasiado pocos, y están demasiado alterados para que podamos juzgar con certeza hasta qué grado estas lenguas eran idénticas al dialecto de Palestina. 3. El Árabe, con el cual el Etiópico tiene una semejanza especial, comprende en los tiempos modernos, como lengua viva, una gran variedad de dialectos, y su uso se ha extendido sobre una región muy extensa; pero de lo poco que se ha podido averiguar de su estado primitivo, parece que más antiguamente estuvo circunscrito principalmente a la Arabia y a la Etiopía.

Estas lenguas se distinguen de las europeas en varias peculiaridades muy notables; todas con excepción de la etiópica se escriben de derecha a izquierda, y sus libros comienzan en la parte que nosotros llamaríamos el fin; el alfabeto, con excepción del etiópico, que es silábico, se compone solamente de consonantes, arriba o abajo de las cuales se escriben puntos que tienen el sonido de vocales; tienen varias consonantes guturales de una pronunciación muy difícil para los europeos; las raíces de la lengua son por lo general verbos de tres letras, y se pronuncian, según el dialecto a qué pertenezcan, con una o más vocales; los verbos tienen solamente dos tiempos, el pasado y el futuro; y los pronombres en los casos oblicuos se juntan con el nombre o verbo con el cual tienen relación, formando con él una misma palabra. Todos estos dialectos componen sustancialmente una lengua, cuya cuna original fue el Asia Occidental. El que todos ellos han procedido de un tronco común, es cosa manifiesta; pero sería muy difícil determinar cuál de ellos ha sufrido menos cambios. La lengua de Noé y de su hijo Sem, era sustancialmente la de Adán y la de todos los antediluvianos. Sem y Heber fueron contemporáneos de Abraham, y como existen buenas razones para creerlo, su lengua fue común a la raza de Israel; porque no es de presumirse que en la confusión de Babel ninguna rama de la familia humana conservara la lengua primitiva. No consta que los descendientes de Sem pertenecieran al número de los que construyeron a Babel, Gén. 10:8-10. Las crónicas más antiguas que se conocen fueron hechas en la lengua hebrea. En ella Moisés escribió las revelaciones que recibió de Dios, y la historia de Israel, Exod. 17:14; 24:4; 34:27; Núm. 33:2. El hebreo floreció en su forma más pura en Palestina, entre los Fenicios y los Hebreos, hasta el periodo del destierro en Babilonia, poco después de lo cual decayó; y en 450 A. C. fue sucedido por una especie de dialecto hebreo-aramaico, tal como el que se hablaba entre los judíos en el tiempo de nuestro Salvador. El aramaico occidental había florecido antes de éste por mucho tiempo en el oriente y el norte de Palestina; pero se difundió después hacia el oeste, y durante el periodo en que florecieron las iglesias cristianas de Siria, se hallaba muy generalizado. Actualmente es casi una lengua muerta, y lo ha sido durante varios siglos. No se conoce traducción alguna del Antiguo Testamento hecha en aramaico en una época anterior a la de Cristo. Puede decirse que el hebreo ha sido lengua muerta, excepto entre un pequeño círculo de literatos, por un espacio como de 2,000 años. Nuestro conocimiento de la literatura arábiga se remonta a un tiempo muy poco anterior al de Mahoma; pero los secuaces de ese pretendido profeta han divulgado el dialecto del Corán en una parte considerable del mundo. El árabe es ahora la lengua vernácula o patria de la Arabia, la Siria, el Egipto, y en gran parte de Palestina y de toda la costa septentrional del África; a la vez que es leído y entendido en donde quiera que el Corán ha penetrado: en Turquía, la Persia, la India y la Tartaria. Los restos de la antigua lengua hebrea se hallan en el Antiguo Testamento, y en las pocas palabras e inscripciones fenicias y púnicas que han sido descubiertas aquí y allí. Los restos de aramaico existen en gran diversidad de libros. En caldeo tenemos parte de los libros de Daniel y de Esdras, es a saber, Dan. 2:4 a 7:28; Esd. 4:8 a 6:18, y 7:12-26, que son las muestras más antiguas que de ese dialecto existen. Sigue a dichos pasajes en antigüedad, y en pureza de lenguaje, el Targúm de Onkelos, esto es, la traducción del Pentateuco en Caldeo. En Siriaco existen todavía considerable número de libros y manuscritos. La muestra más antigua que tenemos de esa lengua se halla en el Peshito, o versión siriaca del Antiguo y del Nuevo Testamento, hecha quizás dentro de un siglo después de la época de Cristo. En este dialecto han florecido multitud de escritores, y probablemente muchos de sus escritos existen todavía, si bien muy pocos han sido impresos en Europa. En árabe existe gran variedad de manuscritos y de libros históricos, científicos y literarios. Un conocimiento familiar de éste, y de los otros dialectos congénéricos, arroja mucha luz sobre las Escrituras del Antiguo Testamento.

II. A menudo se emplea esta palabra para expresar lenguaje, como la expresión principal del pensamiento y el carácter, Job 6:30; como "lengua blanda," Prov. 25:15; "una lengua perversa," Prov. 10:31; "cudrillo agudo," Sal. 57:4; "plata escogida," "medicina," "sana lengua," Prov. 10:20; 12:18; 15:4,

“Lengua tartamuda” en Isa. 33:19, era la del que habla en lengua extranjera. El poder de la lengua para bien y para mal está bien descrito en Sant. 3.

El don de lenguas predicho por Joel 2:28, y por Jesucristo, Mar. 16:17 (com. Mat. 10:19, 20; Mar. 13:11) parece haber sido de dos clases, adecuadas ambas a la iglesia cristiana durante su infancia. El primer don consistía en la facultad de “declararlas maravillas de Dios” en lenguas generalmente desconocidas de los que las hablaban, para provecho de los creyentes extranjeros, Hech. 2:4-11. Sirvió este don para el doble fin de probar el origen divino del evangelio y de promover su difusión, y tal vez fue circunscrito a los días de pentecostés. El otro don de lenguas se cree que era una especie de éxtasis religioso, especialmente de alabanza, y diferente del don de profecía o de la predicación, y que sólo los que tenían el don de “interpretación,” podían entender, Hech. 10:46; 1 Cor. 12:30. Puede haber sido su carácter distintivo la entonación musical, como cuando los hijos de Asaf profetizaron con arpas y salterios. 1 Crón. 25:1. Es preciso confesar, sin embargo, que los comentaristas no están de acuerdo respecto de un asunto tan difícil, pues muchos sostienen que no hubo sino un solo don de lenguas; y algunos de ellos refieren al primer don que hemos mencionado cuantos pasajes tratan de la materia, en tanto que los otros refieren al segundo don todos los pasajes.

LENGUA SIRIACA, Dan. 2:4, llamada con más exactitud aramaica. Se daba este nombre al dialecto de la familia de las lenguas semíticas que se hablaba en el Occidente. Era muy parecido en su pronunciación al dialecto hablado en el Oriente el Caldeo, y estaba íntimamente relacionado con el Hebreo. Ahora es lengua muerta, pero existe en toda su riqueza en dos versiones del Antiguo Testamento hechas mucho tiempo atrás, las cuales son un poderoso auxiliar para la exacta interpretación del Hebreo; una se hizo de éste llamada Peshito, correcto o sencillito; y la otra del Hexapla Griego, en el siglo VI.

LENTEJAS, especie de legumbre o pequeñas judías, *ervum lens*, todavía común en Siria y en Egipto con el nombre de ádas, 2 Sam. 23:11. Eran tostadas en la lumbre para poder ser llevadas por los viajeros, y Berzellai se las proporcionó a David y a su gente cuando se hallaban hambrientos y fatigados, 2 Sam. 17:28. Se empleaban algunas veces como ingrediente del pan, Ezeq. 4:9. Esaú deseó ansiosamente un guiso de lentejas, Gén. 25:34. “En Berbería,” dice el Dr. Shaw, “las lentejas se condimentan de la misma manera que las judías. Se disuelven fácilmente hasta formar una masa, y se hace de ellas un potaje color de chocolate.

LEÓN, el bien conocido y noble rey de las fieras del cual se habla con frecuencia en la Escritura, Jer. 25:38; Ezeq. 19:4, 8, 9; Amós 3:12; Apoc. 4:7; comp. Ezeq. 1:10. Tiene a menudo más de 8 pies de largo y 4 de altura; su aspecto majestuoso y osado, su agilidad y fuerza prodigiosas, y su rugido peculiar, conspiran a hacerlo el terror de los bosques. Los leones eran comunes en Palestina, Núm. 23:24; 24:9; 2 Rey. 17:26; Cant. 4:8; el nombre hebreo se halla en el de varios lugares, como Lais, Lebaot, etc. (véase Jordán), y los Hebreos les daban a los leones distintos nombres según su edad, condición, etc. Cinco de esos nombres se emplean en Job 4:10, 11. Véase también Nah. 2:11, 12. Hay asimismo una variedad de palabras hebraicas que describen sus movimientos, rugidos y gruñidos. El salmista alude en Sal. 10:9, 10 a la manera cautelosa con que se arrastra el león hasta que puede abalanzarse sobre su presa, y Pedro en su 1ª Epístola, cap. 5:8, describe a Satanás el desapiadado destructor, como un león rugiente. El lector de la Biblia recordará las hazañas de Sansón, de David y de Benaías, Jue. 14:5, 6; 1 Sam. 17:34-36; 2 Sam. 23:20; la historia del profeta desobediente muerto por un león, 1 Rey. 13:28, y del leal Daniel, que salió sano y salvo de la cueva de los leones, Dan. 6; también el sublime símile empleado en Isa. 31:4, del cuidado que Jehová tiene por su pueblo.

“El león de la tribu de Judá,” Apoc. 5:5, es Jesucristo, que salió de la tribu de Judá y de la raza de David, y venció a la muerte, al mundo y al demonio, Se supone que un león era la divisa de la tribu de Judá; y de ahí viene esta alusión, Gén. 49:9.

LEOPARDO, hebreo *manchado*, fiera montaraz y feroz del género felino, cubierta de hermosas manchas de diversidad de colores; tiene ojos pequeños, mandíbulas anchas, dientes agudos, orejas redondas, cola larga, cinco uñas en las patas delanteras, y cuatro en las traseras. Es ligero, astuto y cruel, ataca al ganado doméstico, y aún al hombre, Jer. 5:6; 13:23; Ose. 13:7; Hab. 1:8. Su nombre implica que participa de la naturaleza del león y de la pantera. De lo que dice la Escritura se colige que el leopardo no era raro en Palestina. El nombre hebreo fue empleado de un modo significativo en varios nombres de lugares, como Bet-nimra, guarida de leopardos, Núm. 32:36. También en Nimra, Nimrim, y quizá en Nimrod el poderoso calador. Isaías, al describir el reino feliz del Mesías, dice, cap. 11:6, “Morará el lobo con el cordero, y el tigre (leopardo) con el cabrito se acostará; el becerro y el león, y la bestia doméstica andarán juntos.” En los Cantares el esposo, habla de las montañas del tigre (leopardo), Cant. 4:8, tales como las del Líbano y Hermón, en donde ese animal se encuentra todavía. En Dan. 7:6, el tigre (leopardo) simboliza el rápido progreso del reino de Macedonia, y sus cuatro cabezas son los cuatro generales de Alejandro. En Apoc. 13:2, se describe el imperio romano.

LEPROSO, heb. *herido*, persona que padece la lepra. La lepra, conforme existe hoy, es una enfermedad escamosa de la piel, que se presenta en varias formas distintas, y con muchos grados de severidad. Comienza con ligeras erupciones rojizas, seguidas por escamas de un color blanco pardusco, en círculos de una pulgada o dos de diámetro, y a veces mucho más grandes; en muchos casos ataca solamente las rodillas y los codos, y en otros todo el cuerpo; por lo regular no afecta la salud del organismo en general, pero se considera imposible su curación. Se dice que no es contagiosa, pero se transmite de padre a hijo por varias generaciones, haciéndose por grados menos aparente. Corresponde en lo principal a la enfermedad cuyos síntomas y tratamiento se describen tan extensamente en Lev. 13 y 14. Sin embargo, la antigua lepra, en su forma más grave, debe sin duda considerarse como una plaga o castigo de Dios, Deut. 24:8. Era especialmente temida entre los judíos como inmunda y contagiosa, y también como visitación particular de Jehová, como sabemos que lo fue en los casos de María, Núm. 12:10; Giezi, 2 Rey. 5:27, y Uzías, 2 Crón. 26:16-23. No había remedios eficaces para ella. El paciente era recomendado al sacerdote, no al médico, y era separado y privado de muchos de los privilegios de la sociedad. Nótese que los leprosos se asociaban principalmente unos con otros, 2 Rey. 7:8; Luc. 17:12, 13. El término “la plaga de la lepra” se aplica, no solamente a esta enfermedad en los hombres, sino a una infección semejante enviada a veces a las casas y a los vestidos, Lev. 14. No puede asegurarse cuál haya sido la exacta naturaleza de esta última, pero nos inclinamos a creer que era un agravamiento especial por vía de castigo divino, de algún mal que no era desconocido en aquel clima. Ejemplifica el terrible resultado de la corrupción moral en la sociedad, cuando no es refrenada por la gracia de Dios. Esta enfermedad en todas sus formas, es un vivo emblema del pecado: esta enfermedad del alma lo invade también todo, y es inmunda, contagiosa e incurable; separa a su víctima de Dios y del cielo; y su creciente influjo y su término fatal prueban su existencia. Pero el Salvador, curando la lepra con una palabra, ha demostrado que tiene poder de sanar las peores enfermedades del alma, Luc. 17:12-19, y de admitir a los espíritus restablecidos en todos los privilegios de los hijos de Dios.

LETRA, Luc. 23:38. En Gál. 6:11 el apóstol dice, “Mirad en cuán grandes letras os he escrito con mi misma mano,” no por la mano de su amanuense. Los Hebreos tienen ciertos poemas acrósticos que comienzan con las letras del alfabeto colocadas en orden. El más considerable de estos es el Sal. 119, que contiene 22 estrofas de 8 versos cada una, todas acrósticas; esto es, los primeros ocho comienzan con Aleph; los ocho siguientes con Beth, y así sucesivamente. Los Salmos 25 y 34 tienen solamente 22 vers. cada uno, y

estos comienzan con las 22 letras del alfabeto hebreo. En otros, como en los Salmo 111 y 112, una mitad del versículo comienza con una letra, y la otra mitad con la siguiente, así: “Bienaventurado el hombre que teme a Jehová,— Y en sus mandamientos se deleita en gran manera.” La primera mitad del verso comienza en el hebreo con Aleph, y la segunda con Beth. Los Salmos 37 y 145 son también acrósticos. Las Lamentaciones de Jeremías están así mismo en verso acróstico, así como el capítulo 31° de los Proverbios, desde el versículo octavo hasta el fin. En Juan 7:15, la palabra “letras” significa instrucción; los judíos decían de Cristo: “¿De dónde le vienen a este los títulos para enseñarnos las Escrituras, siendo así que no ha aprendido de los doctores de la ley?”

Pablo habla de la “letra” en distinción del “espíritu,” Rom. 2:27, 29; 7:6; 2 Cor. 3:6; poniendo en contraste la mera palabra de la ley y su observancia exterior, con su significado espiritual y cordial obediencia a ella por el Espíritu de Cristo.

LETUSIM, *forjado*, tribu árabe, descendiente de Abraham y de Cetura, Gén. 25:1-3.

LEUMIM, pueblos, parientes de los Letusim.

LEVADURA, es la masa agria que se conserva de un amasijo para otro, para formar la nueva masa. La levadura les estaba prohibida a los judíos durante los siete días de la pascua, “los días de pan sin levadura,” Luc. 22:1, en memoria de lo que sus antepasados hicieron cuando salieron de Egipto, por haberse visto obligados en aquel tiempo a llevar consigo masa sin levadura, y a hacer el pan de prisa, a causa del apremio que les hacían los Egipcios para que se fueran, Ex. 12:8, 15-20, 39; Jos. 5:11. Tenían los judíos el mayor cuidado en limpiar sus casas de ella antes de que comenzase la fiesta, 1 Cor. 5:6. Dios prohibió que se quemase en su templo ante él tanto levadura como miel, Lev. 2:11. El hecho de penetrar la levadura en la masa, transformando su naturaleza, se usa como una ejemplificación o símil de la influencia que ejercen en la sociedad los principios purificadores del evangelio, o las falsas y perniciosas doctrinas de los hombres, Mat. 13:33; 16:6-12; Luc. 12:1; 1 Cor. 5:6-8; Gál. 5:9.

LEVÍ, *entrelazado*, I., el tercer hijo de Jacob y de Lea, nacido en Mesopotamia; padre de tres hijos, Gerson, Coat y Merari, y de Jocabed la madre de Moisés, Gén. 29:34; Ex. 6:16-20. Por la parte que tomó en la traidora matanza de los Siquemitas, Gén. 34, su padre, al morir, predijo males a sus descendientes, Gén. 49:5-7; pero como después se pusieron del lado del Señor, Moisés recibió el encargo de bendecirlos, Exod. 32:26-29; Deut. 33:8-11. Tomó parte con sus hermanos en el ultraje que hicieron a José, Gén. 37; fue a Egipto con su familia, Gén. 46:11, y vivió hasta la edad de 137 años. La tribu de Leví fue diseminada por todo Israel conforme lo había predicho Jacob, pues en la destrucción de Canaán no se le dio parte separada sino ciertas ciudades en las porciones que les tocaron a las otras tribus, Jos. 21:1-40. No fue la que quedó peor provista sin embargo, puesto que Dios la escogió para el servicio del templo y del sacerdocio, y le concedió muchos privilegios que no otorgó a las otras tribus. Todos los diezmos, primicias y ofrendas presentadas en el templo, así como varias partes de las víctimas que eran ofrecidas, pasaban de derecho a la tribu de Leví. Véase Levitas.

II. El apóstol Mateo era llamado también Leví. Véase Mateo.

III. y IV. Antepasados del Salvador, Luc. 3:24, 29.

LEVIATÁN, un monstruo con coyunturas, Sal. 74:14; 104:26, enorme reptil descrito en Job 41. Probablemente el animal denotado es el cocodrilo, el terror del Nilo, así como el Behemot en Job 40:15 es el hipopótamo del mismo río.

El cocodrilo es natural del Nilo y de otros ríos asiáticos y africanos; algunas veces llega a 30 pies de longitud; es de enorme voracidad y fuerza, y nada con grande ligereza; ataca al hombre y a los animales más corpulentos con terrible impetuosidad; cuando es atrapado por medio de una red poderosa, derriba a menudo los botes que lo rodean; tiene en proporción a su cuerpo una boca más grande que otro monstruo cualquiera; mueve ambas mandíbulas del mismo modo, y tiene en la superior no menos que 36 dientes, y en la inferior 30, todos agudos, fuertes y gruesos; y está provisto de una cota de malla, tan escamosa y dura, que resiste la fuerza de una bala de fusil en todas las partes del cuerpo, excepto debajo de la barriga. En varios pasajes de la Biblia se nota que al rey de Egipto se le dirige la palabra como leviatán, Isa. 27:1; Ezeq. 29:3; 32:2.

LEVITAS, A todos los descendientes de Leví se les puede comprender bajo este nombre, Exod. 6:16, 25; Jos. 3:3; (véase Leví,) pero principalmente a aquellos que estaban empleados en los servicios inferiores del templo, a distinción de los sacerdotes, que no solo eran de la raza de Leví, sino descendientes de Aarón, y estaban empleados en los oficios más elevados, Núm. 3:6-10; 18:2-7; Ezeq. 44:15. Dios escogió a los Levitas para el servicio de su tabernáculo y del templo, en lugar de los hijos primogénitos de todas las familias, que eran a quienes naturalmente incumbían tales deberes, y que ya estaban consagrados a Dios en memoria de la gran emancipación de la servidumbre de Egipto, Exod. 13; Núm. 3:12, 13, 39-51. En el desierto, los Levitas tenían a su cargo el tabernáculo y todas sus dependencias; acampaban alrededor de él como sus obligados guardianes, Núm. 3:23, 29, 35, y lo conducían de un lugar a otro, cada una de las tres familias llevando una parte separada, Núm. 1:51; 4; 1 Crón. 15:2, 27. Después de la construcción del templo se hicieron cargo de las puertas, de los vasos sagrados, de los almacenes para el ganado, la harina, el vino, el aceite y las especias, de la preparación del pan de la proposición y de otras ofrendas, del canto y de los instrumentos de música, 1 Crón. 9; 23; 2 Crón. 29. Llevaban madera, agua, etc., para los sacerdotes; les ayudaban a preparar los sacrificios, y a recaudar y distribuir las contribuciones del pueblo, 2 Crón. 30:16, 17; 35:1. Véase Nethineos. Eran también los guardas del templo, Neh. 13:13, 22; y la salutación y la respuesta del Sal. 134, se cree por el Obispo Lowth, que eran el canto que ellos acostumbraban entonar por la noche. Pero además de sus servicios en el templo, desempeñaban una parte muy importante en la enseñanza del pueblo, 2 Crón. 30:22; Neh. 8:7, entre el cual estaban diseminados, trabajando por la unión de las tribus, y promoviendo la virtud y la piedad. Estudiaban la ley, y eran los jueces ordinarios del país, pero estaban subordinados a los sacerdotes, 2 Crón. 17:9; 19:8-11. Dios proveía a la subsistencia de los Levitas dándoles el diezmo del grano, frutas y ganado, Núm. 18:18-24; pero ellos a su turno traspasaban a los sacerdotes la décima parte de sus diezmos, Neh. 10:37, 38; y como los Levitas no poseían propiedades en la tierra, los diezmos que los sacerdotes recibían de ellos eran considerados como las primicias que ellos tenían que ofrecer al Señor, Núm. 18:21-32. El pago de los diezmos que se hacía a los Levitas, no era, según parece, estrictamente obligatorio, sino que dependía de la buena voluntad del pueblo; de ahí provenía el encargo especial que hacían a sus hermanos de que no los olvidaran, Deut. 12:12, 18, 19; 14:28; 26:12.

Dios señaló para morada de los Levitas 48 ciudades con campos, dehesas y jardines, Núm. 35, De esas, 13 que estaban situadas en las comarcas de las tribus cercanas a Jerusalén, habían sido dadas a los sacerdotes. Seis de las ciudades levíticas habían sido designadas para ciudades de refugio, Núm. 35:1-8; Jos. 20:21. Cuando los Levitas se hallaban desempeñando sus atribuciones en el templo, se mantenían de las provisiones almacenadas allí, y de las ofrendas diarias. El mismo privilegio se concedía a los voluntarios que acudían a Jerusalén atraídos por el fervor de su amor al servicio de Dios, Deut. 12:18, 19; 18:6-8. La consagración de los Levitas se hacía sin mucha ceremonia. Véase Núm. 8:5-22; 2 Crón. 29:34.

Hasta el tiempo de Agripa los Levitas no usaron vestidos especiales para distinguirse de los otros Israelitas. La innovación a este respecto se menciona por Josefo, quien observa que nunca se dejaron con impunidad las antiguas costumbres del país.

Los Levitas estaban divididos en tres diferentes clases: los Gersonitas, Coatitas y Meraritas, Núm. 3:17-20. Estaban además subdivididos en compañías o grupos, como los sacerdotes, 1 Crón. 23-26. Empezaban por asumir los deberes de menor importancia cuando tenían 25 años de edad, y entraban al pleno ejercicio de sus obligaciones públicas a los 30, Núm. 4:3; 8:24, 25; pero David fijó la edad para que comenzaran a los 20 años; y a los 50 quedaban eximidos, 1 Crón. 23:24-27. Las diferentes compañías de porteros, cantores, guardas, etc., desempeñaban sus respectivas funciones sucesivamente una semana cada vez, yendo a Jerusalén con ese objeto desde las ciudades en que residían, 1 Crón. 23-26; 2 Crón. 23:4, 8; 31:17; Esd. 3:8-12. Después de la rebelión de las diez tribus, gran parte de los Levitas abandonaron sus ciudades en Israel, y fijaron su residencia en Judá, 2 Crón. 11:12-14; 13:9-11. Después de la cautividad, muchos de ellos volvieron de más allá del Eufrates a Judea, Esd. 2:36-42; Neh. 11:15-19; 12:24-31. En el Nuevo Testamento no se mencionan con frecuencia, Luc. 10:32; Juan 1:19; Hech. 4:36. Se supone sin embargo que los “escribas” y doctores de la ley,” pertenecían principalmente a esta clase.

LEVÍTICO, el tercer libro del Pentateuco, llamado Levítico porque contiene principalmente las leyes y reglamentos concernientes a los Levitas, los sacerdotes, las ofrendas y los sacrificios. Los Hebreos lo llaman “la ley de los sacerdotes,” En la primera parte se describen minuciosamente los diversos sacrificios cruentos e incruentos, los holocaustos, los sacrificios de la paz; los hechos por los errores cometidos y por las transgresiones; y los pecados por los cuales se habían de ofrecer y la manera de hacerlo en cada caso. La minuciosidad de esos detalles no solo dejó comprender lo importante del culto de Dios, sino que previno toda clase de adiciones y cambios humanos que pudiesen conducir a la idolatría. Ese sistema en conjunto era “una sombra de las buenas cosas futuras,” típicas del Cordero, “quien por el eterno Espíritu se ofrecía sin mancha a Dios.” Su mejor comentario es la epístola a los Hebreos.

A una relación circunstanciada de la consagración de Aarón y sus hijos como sacerdotes, se sigue la instructiva narración de Nadab y Abihu. En seguida se hallan las leyes relativas a las purificaciones personales y ceremoniales, recuerdo perpetuo de la contaminación del pecado por una parte, y de la santidad de Dios por otra. Después sigue una descripción del gran día de la expiación; hecha la cual, se amonesta a los judíos contra las supersticiones, la idolatría, la impureza, etc., de los Cananeos; y se les da al mismo tiempo leyes para que se conserven en la moral, en la salud y en el orden civil. Se les advierte la observancia de las festividades que se les habían designado, y se les dan leyes respecto del sábado y del jubileo, de los votos y de los diezmos. Las amonestaciones y promesas contenidas en la última parte del libro, les llaman la atención al porvenir, y tienden a unir a toda la nación en el servicio de Dios, con quién habían hecho pacto; es una sombra, la substancia de la cual es Cristo y su reino. Se reputa el libro generalmente como obra de Moisés, aunque en su compilación fue probablemente ayudado por Aarón. La fecha del Levítico es de 1,490 A. C. Contiene la historia del primer mes del segundo año después de que los Israelitas salieron de Egipto.

LIBACIÓN, *pequeña cantidad de vino*, parte del cual tenía que ser derramada en el sacrificio u holocausto, y la otra parte ser ofrecida a los sacerdotes, Exod. 29:40; Lev. 23:18; Núm. 15:5, 7. Tal vez se ordenó para que sirviese de reconocimiento de que todas las bendiciones de la tierra provienen de Dios, Gén. 35:14. En las libaciones de los paganos se mezclaba algunas veces sangre con el vino al hacer algún voto terrible, Sal. 16:4.

LÍBANO, *blanco*, cadena de montañas en el norte de Palestina, de 100 millas en su mayor longitud, y de 20 millas de anchura, llamada así por las blanquecinas piedras calcáreas de que está formada, pero más todavía, como el Monte Blanco, el Himalaya, y los Cerros Blancos, por su blancura nívea en el invierno. Se compone de dos cordilleras principales que corren de noreste a sudeste, casi paralelas entre sí y con las costas del Mediterráneo. Véase la vista en el grabado del artículo Sidón. La cordillera occidental era llamada Líbano por los Griegos, y la oriental Anti-Líbano. Entre ellas se halla un valle largo llamado Csele-Siria, esto es, Siria Ahondada, y el “valle del Líbano,” Jos. 11:17, que hoy día se denomina el Bekaa, a 3,000 pies sobre el nivel del mar. Se ensancha hacia el norte, pero es sumamente angosto hacia el sur, en donde el río Litany, antiguamente Leontes, sale del valle, y corre por el oeste al mar, al norte de Tiro. La cordillera occidental es generalmente más alta que la oriental; se dice que su pico más elevado, Dhor el Kudib, al norte del grupo de cedros, tiene 10,051 pies de altura; la elevación de la cordillera, por término medio, es de cerca de 6,000 pies. En la cordillera oriental ahora llamada Jebel esh-Shurky, se yergue el monte Hermón, llamado actualmente Jebel esh-Sheikh, en la región de nieves perpetuas. Véase Hermón. Un poeta árabe, hablando del segundo de los picos más elevados del Líbano, dice, “El Sannín lleva el invierno en la cabeza, la primavera en los hombros, y el otoño en el seno, mientras el verano yace durmiendo a sus pies.”

El Líbano formaba el límite septentrional de la Tierra Santa, Deut. 1:7; 11:24, y aunque los Hebreos se creían con derecho a él, nunca lo poseyeron, Jos. 13:1-6; Jue. 3:1-3. Los escritores hebreos aluden a menudo a esa sublime cordillera de montañas, Isa. 10:34; 35:2, como elevada cual una vasta barrera al norte de ellos, Isa. 37:24. Hablan de su mar de follaje agitado por el viento, Sal. 72:16; de sus majestuosos cedros y otros árboles, Isa. 60:13; Jer. 22:23; de sus innumerables ganados, todo lo cual sin embargo no era parte a expiar un solo pecado, Isa. 40:16; de su excelente vino, Ose. 14:7; de sus corrientes frías como la nieve, Jer. 18:14, y de sus balsámicos perfumes, Ose. 14:5. Sus bosques proporcionaron abundantes materiales para las obras de Salomón, 1 Rey. 5:9-11, y para las de los Asirios, etc., Isa. 37:24; Ezeq. 31:16. Se representa a los pinos y los cedros del Líbano diciendo al rey de Babilonia, “Desde que tú moriste, no ha subido cortador contra nosotros,” Isa. 14:8. Una antigua inscripción hallada en Babilonia, dice que Nabucodonosor empleó para la obra de madera de la Cámara de los Oráculos, los árboles más grandes que sacó del Monte Líbano. Y en 1883 se encontró en un valle agreste de la vertiente oriental del Líbano una nueva confirmación del hecho a que alude Isaías, es a saber, dos inscripciones talladas en rocas situadas en los lados opuestos del valle y que miden 5 yardas de largo y 2 ½ de alto; en estas se da una relación de los edificios que Nabucodonosor estaba erigiendo por aquel tiempo en Babilonia. Moisés deseaba con ansia entrar a la Tierra Santa para poder ver “aquel buen monte y el Líbano,” Deut. 3:24, 25; y Salomón dice del Amado, el tipo de Cristo, “Su aspecto es como el Líbano,” Cant. 5:15. “La torre del Líbano que mira hacia Damasco,” Cant. 7:4, nos la han hecho recordar las relaciones que hacen los viajeros modernos de las ruinas de antiguos templos fabricados de piedras de gran tamaño. Muchos templos en ruinas han sido descubiertos en diferentes partes del Líbano, varios de ellos en puntos muy visibles, en las alturas de las montañas, en donde el trabajo de erigirlos debe de haber sido estupendo.

En la actualidad el Líbano está habitado por una raza de fuertes y turbulentos montañeses. Su vasta extensión de montañas forma casi un mundo aparte. Especialmente sus vertientes occidentales, que se elevan desde la llanura riberaña formando gradería, están cubiertas de parras, olivos, moreras e higueras; y tachonadas, lo mismo que las valles que se hallan entre las montañas, por innumerables aldeas. El Anti-Líbano no tiene tanta población y está menos cultivado, y la mayor parte de los que lo habitan son Mahometanos. Los principales habitantes del Líbano son Drusos y Maronitas: los primeros



son Mahometanos místicos; y los segundos, Romanistas fanáticos. Entre ellos hay alguna mezcla de Griegos y Armenios.

Para “Cedro de Líbano,” véase Cedro.

LIBERTINOS, Hech. 6:9, del latín *libertinus*, liberto, es decir, uno que después de haber sido esclavo, ya sea de nacimiento o por captura, ha obtenido su libertad; o el hijo de un liberto. La “sinagoga de los Libertinos” estaba ligada con las de los Cirenianos y Alejandrinos, los cuales eran de origen africano; por esto algunos suponen que los libertinos eran de origen africano también. Es sin embargo más probable que con esta palabra se designara a los judíos que habían sido hechos prisioneros de guerra por los Romanos, y habiendo sido llevados a Italia, y allí manumitidos, tenían la costumbre de visitar a Jerusalén en número tan crecido que les fue preciso erigir una sinagoga para su uso particular, como sucedía con los judíos de otras ciudades mencionadas en el contexto. Ellos iniciaron contra Esteban la persecución que dio por resultado su martirio. Véase Sinagoga.

LIBIA, país en el norte de África, situado sobre el Mediterráneo, entre Egipto y Cartago, y que se extendía hacia atrás internándose algún tanto en el interior del continente. La parte contigua a Egipto era llamada algunas veces Libia Marmárica; y la que rodeaba a Cirene, Cirenaica, tomando este nombre de su ciudad principal, o Pentapolitana, por sus cinco ciudades, Cirene, Apollonia, Berenice, Arsinoe y Ptolomais. En estas ciudades vivían un gran número de judíos en el tiempo de Cristo; y estos con sus prosélitos Libios, acudían a Jerusalén a celebrar su culto, Hech. 2:10. Libia recibió su nombre de los Lehabim o Lubim, Gén. 10:13, un pueblo belicoso que auxilió a Sesac rey de Egipto, y a Zera el Etíope, en sus guerras contra Judá, 2 Crón. 12:3; 14:9; 16:8; Dan. 11:43. Eran también aliados de la antigua Tebas, Nah. 3:9. Compare Jer. 46:9; Ezeq. 30:5. Véase Put. Libia cayó al fin en poder de Cartago, y posteriormente en el de los Griegos, en el de los Romanos, en el de los Sarracenos y en el de los Turcos.

LIBNA, *blancura*, l., la quinta estación de los Israelitas después de partir del Sinaí, Núm. 33:20, 21, y después de la derrota de Cades, Deut. 1:44-46; 2:1; probablemente el Labán de Deut. 1:1. Tal vez en Hajr-el-Abyad, “la piedra blanca,” en el corazón del desierto et-Tih, al norte del Sinaí.

II. Ciudad en el Shefelah, u hondonada occidental de Judá, probablemente al sudoeste de Gaza. Fue conquistada de los Cananeos por Josué, y asignada a los sacerdotes, Jos. 10:29-32; 12:15; 15:42; 21:13; 1 Cron. 6:57. Amutalla, esposa del rey Josías, nació allí, 2 Rey. 23:31; 24:18. Sus habitantes se rebelaron contra el idólatra y cruel Joram, 2 Crón. 21:10. Era un lugar bien fortificado, y bajo sus muros el ejército asirio fue milagrosamente destruido, 2 Rey. 19:8, 9, 35; Isa. 37:8.

LIBRO, significa primariamente un escrito cualquiera, Isa. 29:11, 12; una carta de divorcio, un documento de acusación o venta; una carta, registro, o volumen.

En la antigüedad se usaban varias clases de materiales para hacer libros. Láminas de plomo o de cobre, cortezas de árboles, ladrillo, piedra y madera, era lo que al principio se usaba para grabar los informes o documentos que la gente deseaba transmitir a la posteridad, Deut. 27:2, 3; Job 19:23, 24. Las leyes de Dios fueron escritas en tablas de piedra. Los caracteres esculpidos en piedra se llenaban algunas veces de plomo derretido, Job 19:24. Las inscripciones se hacían también en tejas y ladrillos que después se endurecían en el fuego. Muchas de estas se hallan en las ruinas de Babilonia. Véanse Babilonia y Nabucodonosor. Y así, al excavar en Koyunjik, se halló una Biblioteca real; estaba el piso cubierto hasta la profundidad de un pie o más, con láminas de *terracotta*, en ambos lados de las cuales había grabados pequeños caracteres asirios. Todas ellas estaban numeradas, y constituían tratados regulares sobre

historia, astronomía, astrología, leyes, religión, lenguas, matemáticas, etc., una completa enciclopedia en fin, “para el uso del pueblo.” Al formarse estas Bibliotecas, parece que Asiria siguió el ejemplo y copió los libros de Babilonia, en que se usaba la lengua antigua Acadiana y caracteres cuneiformes, traduciendo los libros con el auxilio de gramáticas y diccionarios, que todavía existen en parte. Estas Bibliotecas singulares arrojan un torrente de luz sobre la historia, las ciencias y la vida diaria de aquellos tiempos. Contienen leyendas de la creación y del diluvio, aluden a la división del tiempo en semanas, meses y años, hacen mención del día de descanso, y de las fechas de muchos acontecimientos registrados en la Biblia, las cuales confirman de un modo sorprendente la antigüedad y exactitud de esta. Nos dejan comprender, además, que cierto conocimiento de Dios y de las cosas divinas era entonces común entre el género humano. No se ha encontrado en ellas nada todavía que implique un comienzo de la historia auténtica anterior al año de 2,400 A. C. La Divina Providencia se manifiesta de una manera admirable en el uso y la preservación de estos “libros en piedras.”

En tiempos posteriores a los ya mencionados, láminas de madera de boj y de marfil eran comunes entre los antiguos: cuando eran de madera solamente, estaban a menudo cubiertas de cera, sobre la cual se escribía con la punta de un estilo o punzón, o pluma de hierro, Jer. 17:13; y lo que se había escrito podía después borrarse con la extremidad ancha del punzón, Luc. 1:63. Después se usaron hojas de palma en lugar de láminas de madera, y también las cortezas más finas y delgadas de los árboles; es por esto que la palabra líber que denota la parte interior de la corteza de un árbol, significa también libro. Como estas cortezas se arrollaban para poder ser llevadas con facilidad a donde se quisiera, el rollo formado de esa suerte se llamaba volumen, nombre que también se aplicó a un rollo de papel o pergamino. Los antiguos escribían también en lino; pero el material más antiguo y de uso más generalizado para escribir, parece que fue el *papyrus*, caña muy común en Egipto y en otras comarcas, y que todavía se encuentra en Sicilia y en Caldea. De *papyrus* se deriva nuestra palabra papel. Algún tiempo después, el pergamino hecho de pieles fue inventado en Pérgamo, y allí se usó para formar rollos o volúmenes, Sal. 40:7; Zac. 5:1; 2 Tim. 4:13; 2 Juan 12. La pluma para escribir sobre estos suaves materiales, era una pequeña brocha, o una caña hendida en una de sus extremidades, Jer. 36:23. La tinta era preparada con negro de humo, carbón de marfil, varias gomas, etc., y lo escrito se hacía algunas veces permanente con la acción del fuego. Los escribas llevaban sus tinteros de cuerno pendientes del cinturón, Ezeq. 9:2. La manufactura del papel de lino en su forma moderna, fue conocida primero en Europa por el año de 1300 A. D. El arte de la imprenta fue introducido como 150 años después. Véase Lengua.

Un libro antiguo tenía por lo tanto el aspecto de un grueso rollo, formado de una substancia parecida al papel, Ezeq. 2:9; estaba escrito generalmente en columnas paralelas y tan solo por un lado, y se leía desenrollando gradualmente por medio de dos pequeños rodillos o cilindros colocados uno al principio y otro al fin del volumen, Isa. 34:4; Luc. 4:17-20. En lo escrito no había separación entre las palabras o cláusulas, y se empleaban solamente las letras mayúsculas. Algunas veces se sellaban los rollos; atacándolos con un cordón se dejaban caer sobre este gotas de lacre o cero, que luego se estampaban con un sello, Isa. 29:11; Dan. 12:4; Apoc. 5:1-3.

El que la escritura era practicada desde tiempos muy remotos, puede inferirse de las alusiones que a ese arte se hacen en Gén. 5:1; Exod. 17:14; Job 9:25; 19:23; 31:25. Los Egipcios se valieron de ella desde los tiempos más antiguos de que hay memoria.

Los antiguos escritores, en vez de escribir sus libros de su puño y letra, empleaban con frecuencia amanuenses. Pablo hace notar como una circunstancia especial en la epístola a los Gálatas, que él la había escrito con su propia mano, Gál. 6:11. En otras cartas solamente su salutación era lo que él

escribía personalmente, 1 Cor. 16:21; Col. 4:18; 2 Tes. 5:17. El amanuense que escribió la epístola a los Romanos hace mención de sí mismo al fin, Rom. 16:22. Véase Carta, Éfeso.

Libro de la Generación (o de las descendencias), se emplea en Gén. 5:1; Mat. 1:1, en el sentido de registro genealógico. Véase Generación.

Libro de las batallas de Jehová, Núm. 21:14, era probablemente una especie de diario militar, formado de odas sueltas.

Libro del Derecho, Hebreo *Jasher*, 2 Sam. 1:18, puede haber sido una colección de romances nacionales, que era una de las formas más comúnmente usadas en los tiempos antiguos para perpetuar la historia.

Libros de las Crónicas de los Reyes de Judá y de Israel, eran, según parece, anales nacionales, 1 Rey. 14:19, 29.

Libro de la vida (o de los vivientes), Sal. 69:28, se refiere tal vez a la costumbre de los príncipes, de llevar una lista de las personas que estaban a su servicio, etc. Por eso se representa a Dios como si estuviera inscribiendo los nombres en volúmenes; y el volumen de los que han sido escogidos para la salvación, es “el libro de la vida,” Fil. 4:3.

LICAONIA, pequeña provincia del Asia Menor, limitada al norte por Galacia, al este por Capadocia, al sur por Isauria y al oeste por Frigia. Parece haber estado dentro de las límites de la Frigia Mayor, pero fue convertida en provincia romana por Augusto. El país es plano, pero no fértil, aunque notablemente adaptado para pastoreo de las ovejas. De sus ciudades, Iconio, Derbe y Listra se mencionan en el Nuevo Testamento, Hech. 14:6. Véase Listra. La “lengua licaónica,” vers. 11, se supone generalmente que era un dialecto derivado del griego, corrompido con una mezcla considerable de siriaco. En su primer viaje, Pablo recorrió esta provincia de oeste a este, Hech. 14:1-21; 2 Tim. 3:11; en su segundo y tercero, de este a oeste, dirigiéndose a Troas, Hech. 16:1-8, y a Éfeso, 18:23; 19:1. Licaonia ahora forma parte de la provincia turca de Caramania.

LICIA, provincia en el sudoeste del Asia Menor, limitada al oeste por Caria, al este por Pamfilia, al norte por Frigia y Pisidia, y al sur por el Mediterráneo. El país es algo montañoso, aunque no estéril. De sus ciudades sólo Pátara y Misa se mencionan en la Biblia, Hech. 21:1, 2; 27:5.

LIDA, en hebreo Lud o Lod, en Benjamín, 1 Crón. 8:12; Esd. 2:33, y por los Griegos llamada Dióspolis, era una ciudad 9 millas al este de Jope, en el camino de Jerusalén. Allí Pedro sanó a Eneas, Hech. 9:33, 34. Fue destruida no mucho tiempo después de Jerusalén; pero fue en breve reedificada, y llegó a ser el asiento de una famosa escuela judía. Una iglesia cristiana fue organizada allí, y existía aun en 518 A. D. Se menciona a Lidda con frecuencia en la historia de las cruzadas. Estaba situada en medio de hermosas y extensas llanuras, de un suelo rico y negro, que se podría hacer extraordinariamente fértil. En la actualidad es sólo un miserable villorio llamado Lud. Las ruinas de una iglesia majestuosa de la edad media, llamada la iglesia de San Jorge, conservan el nombre de un santo y mártir que se dice nació y fue sepultado allí en el siglo tercero. Los Cruzados ingleses adoptaron su nombre como patrono de Inglaterra, y se cuentan muchas leyendas fabulosas acerca de sus hazañas.

LIDIA, l., mujer de Tiatira, que residía en Filipos de Macedonia, y era vendedora de púrpura. No era judía de nacimiento; pero se había hecho prosélita del judaísmo, y “adoraba a Dios.” Fue conducida por la gracia de Dios a recibir el evangelio con alegría, y fue ella la primera conversa europea que tuvo Pablo; y

habiendo sido bautizada con toda su casa, obligó a Pablo y a sus compañeros de trabajo a que habitasen en su casa durante todo el tiempo que permaneciesen en Filipos, Hech. 16:14, 15, 40. Compare Fil. 4:3. Véase Filipos.

II. En Ezeq. 30:5, propiamente Lidem.

LIGAS, a los Hebreos les eran permitidas, para afianzar la paz y tener relaciones amistosas con las naciones poderosas; pero les estaban prohibidas alianzas que les comprometieran, y tener con otras naciones mucha intimidad, 2 Rey. 18:20, 21; 20:12, 13; 2 Crón. 20:35-37; 28:20, 21; Isa. 30:2-7; 31:1-3; Ose. 5:13; 12:1. Con los Catianeos, Exod. 23:32, 33; los Amalecitas, Exod. 17:8, 14, y los Moabitas, Deut. 2:9-19, no debían formar jamás ninguna liga. Véase Alianza.

LIGURIO, (Reina Topacio) probablemente es lo mismo que el jacinto, una piedra en el racional del sumo sacerdote, Exod. 39:12, que se dice era de un color rojo brillante, con un tinte de amarillo, y transparente: quizá la turmalina.

LIEBRE, prohibida a los Israelitas como alimento, Lev. 11:6; Deut. 14:7. La liebre mastica a sus anchas el alimento que ha mordido y que ha conservado en sus mandíbulas, y también impide el crecimiento indebido de sus dientes incisivos chocándolos unos con otros con un constante movimiento, parecido al que hacen al masticar los verdaderos rumiantes; de donde resulta que generalmente se la clasifica entre éstos. En Palestina hay cinco especies distintas de liebres.

LIENZO, La palabra hebrea significa “manto largo”. Véase Velo. Así es que según Rut 3:15, Boaz da a Rut seis medidas de celada que ella se lleva en su manto. Véase también Isa. 3:22.

LIMPIO e INMUNDO, términos usados en la Biblia en conexión con la ley ceremonial; se aplican a ciertos animales, y también a los hombres, en casos determinados por la ley de Moisés, Lev. 11-15; Núm. 19; Deut. 14. Antes del Diluvio existía ya una distinción entre los animales limpios y los inmundos, Gén. 7:2. La ley Mosaica lejos de ser arbitraria estribaba en razones relacionadas con los sacrificios de animales, con la salud, con la separación de los Judíos de las otras naciones, y con la práctica de la pureza moral de parte de estos, Lev. 11:43-45; 20:24-26; Deut. 14:2, 3, 21. El comer con los Gentiles era una de las peores modos de asociarse con ellos, Mat. 9:11; Hech. 11:3. La ley ritual se observaba todavía en el tiempo de Cristo, pero quedó anulada con la institución del evangelio, Hech. 10:9-16; Heb. 9:9-14.

Contraíase la impureza ceremonial voluntaria o involuntariamente, y de varias maneras. Ordinariamente la persona contaminada podía despojarse de ella por medio de baños la noche del mismo día en que la había contraído. En otros casos se requería para ello una semana, y aun 40 o sacrificios.

LINO, l., planta bien conocida; por beneficiarse de ella, la industria de la humanidad se ha puesto en juego con muy buen éxito y utilidad, Jos. 2:6; Prov. 31:13. Moisés habla del lino de Egipto, Exod. 9:31, país que ha sido célebre desde tiempo inmemorial por la producción y manufactura de dicho material, debido a que los ricos depósitos que dejaban las inundaciones del Nilo, hacían su suelo muy favorable para ello.

Las “cuerdas” y el lino fino de Egipto que se mencionan por su buena calidad en Prov. 7:16 y en Ezeq. 27:7, respectivamente, eran artículos fabricados de la planta de qué hablamos. Su producción en Palestina se menciona en Jos. 2:6; Jue. 16:9; Isa. 1:31; Ose. 2:5, 9. La mayor parte del lino que se halla envuelto alrededor de las momias egipcias, no iguala al que se emplea en nuestros días para hacer

sábanas. Pero se han visto muestras de una finura notable: una que contiene 152 hilos en la urdimbre, y 71 en la trama, en cada pulgada cuadrada; y otra, 270 hilos dobles en la urdimbre y no en la trama, por pulgada. El cambray moderno rara vez contiene más de 160 en la urdimbre. Véase Algodón.

Los varios procedimientos que se emplean para cambiar las fibras del lino en tela fina y blanca como nieve, ejemplifican la disciplina de Dios al santificar a sus hijos.

El profeta Isaías al hablar de la dulzura del Mesías, usa una expresión proverbial. “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo humeante,” Isa. 42:3; Mat. 12:20. Aquí el pábilo significa el lino o cáñamo de que se forma la mecha de una lámpara o de un cirio. Jesucristo no quebrará una caña ya cascada y fácil de romperse, ni extinguirá una lámpara moribunda, próxima ya a extinguirse; esto es, no oprimirá a sus humildes y penitentes adeptos, sino que alentará los más débiles comienzos de la verdadera gracia.

II. Muchas palabras diferentes en hebreo y en griego se traducen “lino,” “lino fino,” “lino torcido,” y “lienzo,” al describirse las vestiduras de los sacerdotes, Exod. 28:39, 42; 39:28; Ezeq. 44:18, de los príncipes, Gén. 41:42; 2 Sam. 6:14; 1 Crón. 15:27, y de la mujer virtuosa, Prov. 31:13, 22, 24, las colgaduras del tabernáculo, el velo puesto delante del lugar santísimo y su cortina, Exod. 26:1, 31, 36; 2 Crón. 3:14, las túnicas de los ángeles, Ezeq. 9:2, 3, 11; Dan. 10:5, 12:6, y los lienzos en que el cuerpo de Cristo fue envuelto, Juan 19:40. Algunos de estos términos se usan indistintamente, y no es fácil definirlos con precisión; quizás denoten diferentes calidades de lino según su finura, color y origen. El lino fino de una blancura de nieve era altamente apreciado, y era símbolo de la pureza de los ángeles y de la iglesia redimida, Apoc. 19:8. Véase Algodón, Lino I., y seda. En Apoc. 15:6, donde dice “ángeles ceñidos de lino limpio y albo,” se podría traducir con más exactitud “ataviados de piedras preciosas puras y brillantes.”

LIRIO o flor de lis. De esta planta regia se hallan varias clases en las flores silvestres de Palestina, y su profusión, hermosura y fragancia son la delicia de los viajeros. El lirio es una flor primaveral, y aparece temprano en todas partes de la Tierra Santa. Fue empleado en los adornos del templo, 1 Rey. 7:19-26; 2 Crón. 4:5. En los Cantares se menciona a menudo como símbolo de la amabilidad. Más comúnmente se aplica a la esposa y a sus diversas cualidades; cap. 2:1, 2, en donde ésta habla, vers. 1; el esposo contesta, vers. 2, y la esposa de nuevo responde, vers. 3. Los labios del esposo se comparan a los lirios en el cap. 5:13, y se le describe alimentándose entre los lirios, cap. 2:16; 6:3; lo cual simboliza a Cristo deleitándose en las gracias de su pueblo. Nuestro Salvador se valió también del lirio para uno de sus más notables símiles. “Aprended de los lirios del campo cómo crecen;” ... “ni aun Salomón con todo su gloria fue vestido así como uno de ellos,” Mat. 6:28, 29. El lirio de los valles, Cant. 2:1, significa simplemente el lirio que crece en los valles, no nuestro lirio del valle que era desconocido en Palestina.

LISIAS o Claudio Lisias, comandante que era de la guardia romana en Jerusalén cuando Pablo hizo allí su primera visita. En el honroso desempeño de su deber salvó repetidas veces a Pablo de la maldad de los judíos, Hech. 21:27-40; 22;

LISTRA, ciudad situada en la parte oriental de Licaonia, cerca de Derbe o Iconio, y lugar natal de Timoteo. Pablo y Bernabé predicaron el evangelio allí, y habiendo curado a un tullido, se les iba a tributar culto. Poco después, sin embargo, a instigaciones de perseguidores judíos que habían ido de Antioquía e Iconio, Pablo fue apedreado en ese lugar, Hech. 14:6, 19. Timoteo, según parece, presenció o tuvo noticia de sus sufrimientos, 2 Tim. 3:10, 11, y en la segunda visita de Pablo, estaba dispuesto a entrar en el servicio público de Cristo, Hech. 16:1. Hamilton encontró su sitio en Bin-bir-Kilisseh, al pie

de una montaña de origen volcánico, llamado Karadagh, en donde se hallan las ruinas de varias iglesias. La ciudad pretendía tener a Júpiter como su especial patrono, Hech. 14:13.

LITERA, vehículo ligero y cubierto, parecido a una silla de mano o palanquín, llevado por hombres; en la actualidad es más común en Siria que la lleven dos mulas o camellos. El tálamo de Salomón, Cant. 3:9, se supone que fue una elegante litera de mulas. La palabra hebrea usada en Isa. 66:20, con otra derivada de un verbo que significa rodar, denota carros cubiertos en Núm. 7:3.

LLAVE, Hebreo, *apertura*; Griego, *cerradura*; Jue. 3:23-25. Las llaves antiguas eran más sencillas y construidas con menos arte que las nuestras. Muchas de ellas se componían tan solo de una pieza recta de madera o de metal, de medio pie a dos pies de largo, encorvada en la punta, y con varios dientes o picos por medio de los cuales se descorrían los pasadores de la cerradura, Cant. 5:4, 5. Algunas—como las que se usaban para las puertas de una ciudad, palacio o castillo—eran grandes y pesadas, y su posesión era símbolo de autoridad, Isa. 22:22; Apoc. 3:7; 9:1; 20:1. Los escribas tenían autoridad para enseñar religión, Luc. 11:52. Cristo, la cabeza de todo lo de su iglesia, dio a Pedro y a los otros apóstoles “las llaves del reino de los cielos,” Mat. 16:19; 18:18, mandándoles abrir la iglesia a los gentiles conversos y predicar a todos los hombres el perdón del pecado por la expiación de Cristo, y el establecimiento de su reino, Mat. 19:28; 21:5; Apoc. 11:15. Solo les era permitido predicar el ministerio de la reconciliación, 2 Cor. 5:18-20. De aquí se sigue que el decantado “poder de las llaves,” esto es, la autoridad por parte de cualquiera iglesia llamada cristiana para conceder la absolución, y desempeñar así una función que pertenece solamente a Dios, Mar. 2:7; Hech. 5:31, es una usurpación de los derechos divinos, y una intrusión entre el pecador y el Salvador, que para todo le basta.

LLUVIA, En la Escritura se habla de la lluvia temprana y tardía de la Palestina, Deut. 11:14; Ose. 6:3. La primera cae en los últimos días de Octubre, que es el tiempo de la siembra en aquel país; y entonces el tiempo continúa variable con más o menos lluvia todo el invierno, Esd. 10:9; Cant. 2:11, hasta después de las lluvias postreras o primaverales que caen en Abril, las cuales son necesarias para madurar con perfección las cosechas, Joel 2:23; Amós 4:7. En el valle del Jordán se recoge la cebada a principios de Mayo, y el trigo algunas semanas después, mientras que los higos, las aceitunas y las uvas no maduran en grandes cantidades sino hasta Agosto y Septiembre. En el Líbano las cosechas son más tardías, y las primeras lluvias más tempranas. La lluvia es sumamente rara durante la cosecha de los granos, 1 Sam. 12:16-19; Prov. 26:1; la tierra se pone en breve seca, la vegetación se destruye, y una estación de calor abrasador y de una sequía no interrumpida continúa desde Julio o aun desde Mayo, hasta la llegada de las anheladas lluvias de Octubre, que preparan de nuevo la tierra para el cultivo. Nada puede representar más expresivamente las bendiciones espirituales que las copiosas lluvias que caen cuando esa estación de prueba ha terminado, Deut. 32:2; Job 29:23; Isa. 44:3; Ose. 10:12. Véase Cisón.

Por otra parte, las tempestades violentas de lluvia, por los estragos que causan, Prov. 28:3, sirven de símiles de los juicios de Dios, Sal. 11:6; Ezeq. 38:22. Ahora, como antiguamente, la lluvia en Palestina procede casi siempre del oeste al sudoeste, 1 Rey. 18:43-45; Luc. 12:54.

El término medio de la lluvia anual en Jerusalén es ahora 61 pulgadas, es decir más de la que cae en los Estados Unidos, que es 45 pulgadas. Es de creerse por lo tanto, que si una porción de esta copiosa lluvia se guardase en depósitos, y se usase en la estación seca para regar el terreno, y que si las faldas de los cerros, que en la Palestina meridional especialmente están desprovistas de tierra vegetativa, fueran cortadas en forma de gradería y plantadas de árboles—para impedir que la lluvia bajara de los peñascos en torrentes, que arruinan a menudo los sembrados de los valles, y para hacer que el agua se infiltrase en el terreno de una manera más suave y general—es de creerse, decimos, que en tal caso podría

volverse a obtener la antigua verdura y fertilidad de esa comarca, hasta el punto de llegar a ser ella otra vez, la regla general, y no como sucede hoy día, la excepción que sorprende y deleita a los viajeros.

LO-AMMI, *no pueblo mío*, nombre dado por mandato divino al segundo hijo de Oseas, para significar que Dios recusaría a Israel, y más tarde lo restauraría, Ose. 1:9; 10:2,23.

LOBO, animal feroz, emblema de la tribu de Benjamín, Gén. 49:27, el *canis lupus* de Lineo; pertenece al género del perro, y es muy semejante a éste. Los lobos no ladran nunca, sino aúllan; son animales crueles, pero cobardes, y huyen del hombre, a no ser que estén acosados por el hambre, y entonces entran de noche en grandes manadas en las aldeas, y despedazan a cualquiera persona que encuentran a su paso, Jer. 5:6; Ezeq. 22:27; Hab. 1:18. Son muy veloces, tienen suficiente fuerza para llevarse una oveja a carrera abierta, y son más ligeros que los perros. Durante los inviernos crudos, los lobos se reúnen en grandes manadas, lanzan terribles aullidos, y cometen tremendos destrozos, Sof. 3:3. Devoran toda clase de animales domésticos, y son el terror de los pastores, pues la debilidad y miedo peculiar de las ovejas son causa de que éstas sean víctimas sin resistencia, Luc. 10:3; Juan 10:12. Del mismo modo los perseguidores y malos maestros han sido lobos rapaces de la grey de Cristo, Mat. 10:16; Hech. 20:29. El influjo transformativo que el evangelio ejerce en la naturaleza humana es tan grande como el de lo que pudiese al lobo en el compañero de juego del cordero, Isa. 11:6; 65:25. Habita el lobo los continentes de Europa, Asia, África, y América. Desalojado por lo general de las partes pobladas de esos continentes, se encuentra todavía en los bosques grandes y en las regiones montañosas. El lobo sirio es más grande que el egipcio, y es del color pardo claro del ciervo. En Palestina era antiguamente más común de lo que es hoy día.

LODEBAR, *ningún pasto*, población al este del Jordán, cerca de Mahatiaim, en el norte de Dan; la residencia de Maquir, quien dio abrigo a Mefiboset, 2 Sam. 9:4, 5; 17:27.

LOG, hebreo, un hueco, la medida más pequeña de líquidos entre los Hebreos, que contenía 1-12 de hin, o como 32 centilitros, Lev. 14:10, 12, 15, 21, 24.

LOIDA, piadosa Judía de Listra, cuya fe no fingida advierte Pablo en su hija Eunice y su nieto Timoteo, 2 Tim. 1:5.

LOMOS, la parte inferior de la espalda de un hombre, Jer. 30:6, y los órganos interiores, Gén. 35:11; 1 Rey. 8:19; representados como el asiento de la fuerza, Deut. 33:11; Job 40:16; Sal. 69:23; Isa. 21:3; eran ceñidas con cilicio en los duelos, Gén. 37:34. Véase Cinto, p. 136.

LORIGA, cota de malla, Jer. 46:4; 51:3. Véase Armas.

LO-RUHAMA, sin obtener misericordia, nombre dado por Dios a la primera hija de Oseas, como tipo de la pérdida que sufrió Israel del favor divino durante la cautividad, Ose. 1:6; 2:1, 23. Véase Oseas.

LOT, *cubierta*, el hijo de Harán, hermano de y de Isca, y sobrino de Abraham, acompañó a su tío desde Ur, y después desde Harán, para establecerse en Canaán. Fueron juntos al sur, al Negeb, y al Egipto durante una carestía, luego regresaron y vivieron juntos cerca de Betel y de Ai, Gén. 11:27-31; 12:4-6; 13:1-4. Abraham le tenía mucho cariño, y cuando no pudieron continuar más tiempo unidos en Canaán, porque ambos tenían grandes rebaños y sus pastores reñían algunas veces, Gén. 13:5-7, aquel patriarca tuvo la generosidad de dejar a Lot la elección de su residencia. Este escogió la llanura de Sodoma, que debió de ser en aquel tiempo la parte más fértil de aquella tierra. Allí continuó morando hasta la

destrucción de Sodoma y de las ciudades circunvecinas. Fue un hombre justo aun en Sodoma, 2 Ped. 2:6-9; y un “juez” que condenaba las malas prácticas de los Sodomitas, Gén. 19:9; pero las calamidades consiguientes a la elección que hizo de esta residencia, tales como su captura por los merodeadores orientales, Gén. 14; las molestias que le causaron sus impíos y viciosos vecinos; la pérdida de sus bienes en el incendio de la ciudad; la destrucción de sus yernos y de su mujer, si es que no prueban que él consideraba la comodidad y el lucro de más importancia que el deber, prueban por lo menos que la tierra más hermosa y fértil no es siempre la mejor; la perversidad de sus habitantes puede sumergirla en un abismo de perdición, y poner en peligro a todos los que tengan relaciones con ella, de cualquiera clase que sean. Los bienes raíces de Sodoma resultaron ser de ningún valor, como sucede en cualquier otro lugar de esa especie, y las riquezas duraderas, las riquezas dignas de ser tenidas como el bien principal del hombre, no pueden hallarse en ningunas posesiones terrenales: todo al fin tendrá que ser quemado. La mujer de Lot mirando hacia atrás en desobediencia a la voluntad divina, y detenida en la mitad de su huida a la montaña por el castigo con que se les había amenazado, y luego siendo herida de muerte y quedado incrustada de sal, es una terrible amonestación hecha a todos los que vuelven la cara hacia Sion, pero sienten repugnancia dejarlo todo por Cristo, Gén. 19; Luc. 17:28-32. Lot escapó con sus dos hijas a Zoar, y llegó a ser el padre de Moab y Amón por medio de ellas, quienes sin duda disculpaban su crimen alegando que no se atrevieron a casarse con ninguno de los paganos entre los cuales vivían. Al Mar Muerto se le llama ahora por los naturales Bahr Lut, el Mar de Lot. Véase Sodoma.

LOTÁN, cubierta, hijo mayor de Seir, Gén. 36:20, 22, 29; 1 Crón. 1:38.

LUCAS el evangelista, probablemente la misma persona a quien Pablo llamaba “el amado médico,” y distinguía de entre los “de la circuncisión,” Col. 4:11, 14. Lucas fue el autor del Evangelio que lleva su nombre, y de los Hechos de los Apóstoles, habiendo sido el amigo y el compañero de Pablo en la mayor parte de los viajes bosquejados en este último libro. Así en Hech. 16:11, usa primero la palabra “nosotros,” y manifiesta que estuvo con Pablo en Troas, y en su primera expedición por Macedonia. Después de llegar a Filipos, ocurre un intervalo de separación; pero se juntan de nuevo en ese lugar, cuando Pablo se embarca allí para Jerusalén, y desde ese tiempo continúa con el apóstol en sus trabajos, viajes y sufrimientos, hasta el fin de la primera prisión de este en Roma, Hech. 17:1; 20:5, 6, 13-16; 21-28; File. 24; 2 Tim. 4:11. Su historia personal, tanto de la época anterior como de la posterior a su asociación con Pablo, es desconocida, o se apoya en tradiciones inciertas. Su propia narración contiene la menos posible acerca de sí mismo; con todo, no cabe duda de que además de dejar al mundo el inestimable legado de sus escritos, fue muy útil a la iglesia primitiva, por su instrucción, juicio y fidelidad, y aun por su habilidad como médico. Véase Hechos y Evangelio.

LUCIFER, *portador de luz*, el nombre latino de la estrella matutina, o “hijo de la mañana.” En el lenguaje figurado de las Escrituras, una estrella brillante denotaba un príncipe ilustre, Núm. 24:17. Cristo fue dado a los hombres como “la estrella brillante y matutina,” Apoc. 2:28; 22:16. Este nombre (Reina, Lucero) parece que denota, en Isa. 14:12, el rey de Babilonia; y se le da ahora por lo común, a Satanás el príncipe de las tinieblas.

LUCIO CIRENEO, Hech. 13:1; comp. Hech. 2:10; 11:19, 20, uno de los ministros y maestros de la iglesia cristiana en Antioquía, y probablemente pariente de Pablo, Rom. 16:21. Se supone por algunos que era el evangelista Lucas, pero no hay para ello buenas razones.

LUD, el cuarto hijo de Sem, Gén. 10:22, y antepasado según se cree, de los Lidios del Asia Menor, 1 Crón. 1:17.



LUDIM, descendientes de Mizraim, Gén. 10:13, que habitaban en el África, probablemente cerca de Etiopía; eran famosos tiradores de arco, Isa. 66:19, y se mencionan como soldados juntamente con los Etiopes, Líbanos y Tirios, Jer. 46:9; Ezeq. 27:10; 30:5.

LUEGO, Griego *entileos*, Mar. 1:30; 5:13; 10:52. Esta palabra que también podría traducirse, inmediatamente, en el momento, acto continuo, etc., está empleada 40 veces en el Evangelio de Marcos, y es una halagadora sugestión de la prontitud y buena voluntad con que nuestro Señor ejecuta sus actos al tratarse de sanar los cuerpos y de salvar las almas de los hombres, Mar. 5:29, 42; comp. Juan 9:4.

LUGAR, a veces sinónimo de asiento, sentido en el cual se usa en Luc. 14:8-10.

LUGARES ALTOS. De la idea de que el cielo es la mansión de la Divinidad, nació la práctica de rendirle culto en las montañas y los cerros, costumbre observada por los Trojanos, los Griegos, los Persas, y otras muchas naciones. Los Patriarcas erigían altares a Jehová en donde quiera que residían, Gén. 12:7, 8; 26:25; 28:18; algunas veces en las montañas, Gén. 22:2; 31:54. Moisés hizo lo mismo, Exod. 17:10, 15; Núm. 20:25-28, y el primer altar de los Israelitas en Palestina fue edificado por mandato de Dios en el monte Ebal. Los Moabitas, Núm. 21:28; 22:41; Isa. 15:2; Jer. 48:35, y los Cananeos, Núm. 33:52; 33:52; Deut. 12:2, adoraban a sus ídolos en los lugares altos. Se mandó a los Israelitas que destruyesen estos, y que preparasen para los sacrificios y el culto el lugar que el Señor escogiese, Deut. 12:2-14. Pero ellos no obedecieron estrictamente este mandato, Jue. 2:2, y llegaron hasta adorar a los dioses de los paganos. Antes de la construcción del templo, los sacrificios eran ofrecidos en varios lugares distantes del tabernáculo, con la aprobación del Divino Legislador, Jue. 6:25, 26; 1 Sam. 9:12, 13, 25; 10:8; 11:15; 16:2-5, estado de cosas que tal vez se prevé en Ex. 20:24, 25; Deut. 12:10, 11; 1 Rey. 8:16-20. Estos lugares altos consagrados a Jehová eran probablemente centros locales de religión, 1 Rey. 3:2, 3, como las sinagogas de tiempos posteriores. Pero una vez construido el templo, el uso continuado de los lugares altos se tuvo como transgresión, 2 Crón. 7:12-16; 8:12, 13. Sin embargo, Dios sancionó el acto de Elías en el Monte Carmelo, 1 Reyes 18:30-38. En la última parte del reinado de David, y cuando Salomón ascendió al trono, el "gran lugar alto" estaba en Gabaón, en donde se hallaban el tabernáculo y el altar, 1 Crón. 21:29; 2 Crón. 1:3-6. Salomón, obrando con maldad, revivió el culto de los dioses paganos en los lugares altos, 1 Rey. 11:6-8. Jeroboam instituyó un sistema idólatra en la parte norte del Reino, y ordenó sacerdotes para los lugares altos que había en Dan y Betel, 1 Rey. 12:26-33. Desde ese tiempo se usaron en Israel los lugares altos especialmente para el culto de los ídolos, y Elías se queja de que los altares de Jehová fueron derribados, 1 Rey. 19:10, 14. En Judá también se multiplicaron los lugares altos para los falsos dioses, 1 Reyes 14:22, 23. Aún los reyes piadosos toleraron los lugares altos, aunque solamente, sin duda, para el culto de Jehová: así lo hicieron, en efecto, Asa, Josafat, Joás, Amasías, Uzías y Jotam. Los lugares altos fueron improbados por los profetas, Ose. 10:8; Amós 7:9; Miq. 1:5; y Ezequías se dedicó a quitarlos, 2 Rey. 18:4, 22, y después de haber sido restablecidos bajo los reinados de Manasés y Amón, Josías completó su destrucción, ya fueran idólatras o consagrados a Jehová, 2 Rey. 22:8-13; 23; 2 Crón. 34:3, 33. Después de Josías no se hace mención del culto de Jehová en los lugares altos, aun cuando su uso para el culto de los ídolos subsistió todavía, Jer. 17:3; 19:5; Ezeq. 6:3, 6.

Los lugares altos eran eminencias naturales, o moles artificiales, con sus propios sacerdotes, altares y sacrificios, 1 Reyes 12:32; 13:33; 2 Rey. 17:32; 23:9, 15, 20; en muchos casos con capillas o templos, "casas de los lugares altos," 1 Rey. 12:31; 2 Rey. 23:19.

LUGARES BAJOS (o profundos) de la tierra, valles, Isa. 44:23; también la morada secreta de los espíritus desprendidos del cuerpo, Sal. 63:9; Efes. 4:9; por esto en el Sal. 139:15 significa el vientre.

LUGAR SECO, en Isa. 35:9, traducido por Lowth “la arena reluciente;” por Henderson, “La ilusión vaporosa,” y en alemán “Sand meer” y “Wasserschein,” “mar de arena” y “espectáculo de agua,” se refiere al “espejismo,” ilusión óptica que se describe por casi todos los que viajan en los desiertos tropicales. Se produce por la refracción desigual de los rayos del sol en las capas inferiores de la atmósfera sobre la arena caliente. El inexperto viajero ve a lo lejos lo que le parece que es un hermoso lago, y su imaginación reviste la orilla más distante de hierba fresca y arbustos, palmeras majestuosas que undulan en la brisa, y edificios, etc.; pero al apresurarse hacia él, nota que esa deliciosa visión retrocede, y por último desaparece, no quedando nada más que el arenal caldeado y seco. En lugar de las engañosas y vanas esperanzas de la tierra, nuestro Salvador nos concede las verdaderas aguas de la vida eterna.

LUHIT, la subida de, un cerro que conducía a un santuario moabita, Isa. 15:5; Jer. 48:5.

LUNA, Heb. *amarillo pálido* o *blanco*, “la lumbreira menor,” para que sirviera de señal para el tiempo y las estaciones,” Gén. 1:14-16; Sal. 104:19. Esta hermosa y majestuosa reina de la noche, Gén. 1:16, es uno de los principales testigos que tiene la humanidad de la bondad, sabiduría y poder del Creador, Deut. 33:14; Sal. 8:3; y por recibir toda su luz del sol, y reflejarla por todas partes, es una imagen notable de la iglesia de Cristo que está iluminada por él y refleja su gloria, Rom. 13:12; 2 Cor. 3:18. En el cielo claro del Oriente la luna resplandece con una brillantez particular. Era especialmente útil a las razas primitivas de los hombres, con motivo de su carencia de luz artificial, y de su vida pastoril al aire libre, Cant. 6:10; y era adorada por la mayor parte de las naciones antiguas, ya directamente, Job 31:26, 27, con tortas de miel, Jer. 7:18; 44:17-25, o como diosa bajo el nombre de Astoret, Artemis, Diana, Hecate, Meni, Mylitta, Maja, etc. A los Hebreos se les habían hecho advertencias especiales con respecto a esa especie de idolatría, Deut. 4:19; 17:3, y sin embargo, caían en ella, 2 Rey. 21:3; Isa. 65:11; Jer. 8:2; 19:13.

La pérdida de la luz de la luna por un eclipse o por extinción total, simboliza juicios divinos, Isa. 13:10; Mat. 24:29; Apoc. 8:12. Véanse Lunático y Luna Nueva.

LUNÁTICO, se deriva del latín luna, y corresponde a la palabra del original hebreo que significa “herido por la luna;” este término se aplica a una clase de personas enfermas mental y a menudo corporalmente, quienes, según se creía, sufrían más en el plenilunio. La demencia, la epilepsia y una melancolía mórbida se contaban entre los efectos frecuentes de los poseídos por el demonio; mas con todo, esta posesión existía aparte de esos efectos, y era una calamidad más espantosa. Se menciona a los lunáticos expresamente en distinción de los hombres poseídos por los malos espíritus, Mat. 4:24; 17:15. Véase Diablo II.

LUNA NUEVA, La luna nueva era el principio de cada uno de los meses hebreos. Véase Mes. Los Hebreos tenían una veneración particular por el primer día de cada mes, para el cual designó Moisés sacrificios especiales, Núm. 28:11-15; pero no prescribió que se guardase como día santo, ni puede probarse que los antiguos lo observaran como tal; era una fiesta de devoción, o puramente voluntaria. Se infiere que en el tiempo de Saúl tenían en ese día una especie de tertulia de familia, puesto que David debía estar entonces a la mesa del rey, y si no estaba Saúl notaba su ausencia y la tomaba a mal, 1 Sam. 20:5,18. Moisés da a entender que además de los sacrificios nacionales ofrecidos entonces, cada persona tenía privadamente sus sacrificios especiales de devoción, Núm. 10:10. El principio del mes era proclamado con toques de trompeta, Sal. 81:3, y con el ofrecimiento de sacrificios solemnes. Pero el novilunio que más se celebraba era el del principio del año civil, o el primer día del mes Tishri, Lev. 23:24. Esta era una fiesta sagrada en que no se practicaba ningún trabajo servil, Amós 8:5. Véase Trompeta. Según parece,

en el reino de las diez tribus, el pueblo tenía la costumbre de visitar a los profetas en el novilunio, con el objeto de llevarles presentes y de oír sus instrucciones, 2 Rey. 4:23. Ezequiel dice, 45:17, (véase también 1 Crón. 23:31; 2 Crón. 8:13,) que los sacrificios ofrecidos en el día del novilunio, tenían que proporcionarse a expensas del rey. Se suspendió la observancia de esta festividad poco después del establecimiento del cristianismo, Gal. 4:9, 10; Col. 2:16, si bien los judíos tienen aún cierta veneración por el novilunio.

LUZ, I., una de las más admirables, alegres y útiles de todas las obras de Dios; creada en el primero de los seis días de la creación, por la palabra divina: "Sea la luz," y la luz fue. Ningún otro objeto ejemplifica mejor lo que es puro, glorioso, espiritual, alegre y benéfico. De ahí viene la belleza y fuerza de las expresiones: "Dios es luz," 1 Juan 1:5, y "el Padre de las luces," Santiago 1:17. "Cristo es el sol de la justicia," Mal. 4:2, y "la luz del mundo," Juan 1:9, 8:12. Así también la palabra de Dios es "una luz," Sal. 119:105; 2 Ped. 1:19; la verdad y los cristianos son luces, Mat. 5: 14; Juan 3:19; 12:36; la prosperidad es "luz," Est. 8:16; Isa. 58:8; y el cielo está lleno de luz, Apoc. 21:23-25. Lo opuesto a todo esto es la "oscuridad."

II. Encorvadura o avellano, sitio al norte de Jerusalén, visitado por Abraham cuando estaba despoblado, Gén. 12:8; 13:3; y por Jacob, quien le dio el nombre de Betel, Gén. 28:19; 35:6; 48:3. Una ciudad cananea fue después construida cerca de allí y llamada Luz, y después de la conquista se edificó a Betel, mismo, o en un lugar contiguo. Véase Betel. Las dos se distinguen una de otra en Jos. 16:2. Hay ahora en ese lugar una aldea llamada Khirbet el Lozeh, 3 ½ millas al oeste de Beitin.

III. Ciudad desconocida en "la tierra de los Heteos," fundada por un refugiado oriundo de Luz II., quien prestó un importante servicio a los Hebreos, Jue. 1:26.